

Capítulo II

ISLA EQUIVOCADA

Domingo 14 de octubre de 1492. En amanecido mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas, y fue al luengo de la Isla en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era la parte del Leste, que había. Y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres, y la gente que venía todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del Cielo. Y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos, hombres y mujeres: «Venid a ver los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y beber.»

Cristóbal Colón

II.1. Escena ancestral

Hay en los Mares del Sur gentes que adoran a los aviones de carga. Durante la [Segunda] Guerra Mundial vieron cómo los aviones de transporte aterrizaban en sus islas, cargados de magníficos materiales, y quieren que ahora ocurra otro tanto. Y han preparado pistas de aterrizaje con hogueras señalizadoras a los lados; han construido cabañas de madera que remedan la torre de control, en la que se sienta un hombre –el controlador de vuelo– con unas piezas de madera en la cabeza –los auriculares– y de las que sobresalen largas varas de bambú –las antenas– con la esperanza de atraer otra vez a los aeroplanos.¹

El filme italiano *Mondo Cane* [Perro mundo], de Paolo Cavara y Gualtiero Giacopetti (1962) está considerado la obra cinematográfica fundadora del género denominado *shockumentary* o documentales de “imágenes de impacto”, esas pelis en las que a una escena filmada en un restaurante vietnamita donde los comensales se zampan un perro como el manjar más delicioso sigue otra en la que una pareja de jubilados californianos entierra al suyo en un cementerio lujosísimo. (En otro título muy celebrado de este género, *Koyaanisqatsi* [Vida desordenada, en lengua hopi], de Godfrey Reggio (1983), se intenta impactar al espectador contraponiendo secuencias de vida tranquila en naturalezas imponentes y virginales como el Cañón del Colorado, con otras de vida acelerada en grandes megalópolis: las masas lumínicas aceleradas del tráfico nocturno por las autopistas de Los Ángeles o el parpadeo maquinal de las luces de los pisos en los rascacielos de Nueva York. La poderosa estrategia compositiva del *shockumentary* se refuerza aquí además con una banda sonora obsesiva, la música electrónica minimalista y serializada del compositor estadounidense Philip Glass).

El *Mondo Cane* de Cavara y Giacopetti se cierra con un capítulo final inquietante y magnífico para el cual los editores de la cinta montaron secuencias originales recicladas de lo que parece ser un documental etnográfico sobre Nueva Guinea. (Los títulos de crédito finales del filme no proporcionan información alguna sobre la dirección, producción o año de exhibición de los materiales documentales que se reutilizan en ella). La escena comienza con varias tomas de las manos y las caras de un grupo de papúes ataviados a la usanza tradicional que observan tras la valla del aeropuerto de Port Moresby (Hanunbada), la capital de la Nueva Guinea Australiana, el despegue de un avión de carga.

«Es aquí, a las puertas del aeropuerto de Port Moresby, donde el viaje aborigen a través de los tiempos toca a su fin. Es justo aquí donde, no encontrando una razón para todas las cosas que han pasado velozmente ante sus ojos, hace presa en él el ‘Cargo Cult’, es decir, la adoración de estos aviones de carga.»



g12. Mondo Cane: aeropuerto de Port Moresby

El cambio de imagen nos traslada a una zona cercana, la cima de unas montañas en un sistema de cordillera, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, donde el grupo anterior de espectadores ha construido la más alucinante catedral: un aeropuerto de bambú. El aeropuerto consta de una maqueta-señuelo, un prototipo vegetal de ‘avioneta posible’ colocado al inicio de un camino de tierra despejado por la mano del hombre que semeja ser una pista de aterrizaje. «Luego observamos al avión despegar. Los *waoranis* [un pueblo indígena de la amazonia ecuatoriana] lo miraban como si fuera un espectáculo que presenciaran por primera vez. Había visto la misma mirada en otras caras indígenas. Pedro Juajibioy me contó una vez que cuando en alguna ocasión voló en avión sobre Sibundoy, los *kamsáes* pensaron que era un gran crucifijo con un cura que flotaba en el cielo. Cuando los *waoranis* vieron el avión de Nate Saint sobrevolando Terminal City, pasaron horas discutiendo que podría ser. Al principio pensaron que era una abeja gigante, por el rugido del motor, pero como las abejas no llevan gente dentro decidieron que era un demonio con demonios chiquitos en su interior [...] En Terminal City los *aucas* [nombre que daban los blancos a los *waoranis*] habían despejado la tierra, construido plataformas para el avión, y puesto sobre una de las casas *un modelo del aeroplano* de casi un metro.»² En el otro extremo de la pista hay una construcción elevada hecha con los mismos materiales –bambú, lianas– que parece la torre de control del aeropuerto. Prosigue la voz del narrador, que acompaña las imágenes con estas palabras:

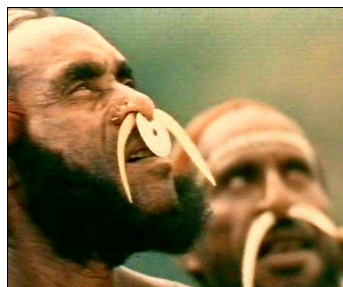
A lo largo de la gran ruta oceánica que une Hong Kong con Australia, trasegada a diario por decenas de cargueros aéreos que hacen escala en Port Moresby, el culto cargo ha erigido templos por doquier. He aquí uno, un altar construido a más de tres mil metros de altura.



A la entrada del camino hay un pequeño avión. En el otro extremo, la torre de control. Los nativos de las tribus de los Rozo y los Mekeo esperan que algún aeroplano, atraído por su señuelo de bambú, aterrice en esta pista. Para ellos, los aviones vienen del cielo, son enviados por sus ancestros, pero los hombres blancos, esos ladrones astutos, los interceptan y se apoderan de ellos aprisionándolos en la gran jaula de Port Moresby. Construid también vosotros vuestro propio aeropuerto, dice la doctrina del *Cargo Cult*, y tened fe en la espera. Más tarde o más temprano vuestros antepasados se darán cuenta del engaño del hombre blanco y desviarán los aviones hacia vuestra pista. Entonces seréis ricos y felices.



Esperan inmóviles, oteando el cielo. No existe otro mundo más allá de estas montañas, los grandes pájaros que las sobrevuelan solo pueden venir del paraíso. En el paraíso moran sus antepasados, únicos capaces de construir algo así. Todas esas cosas maravillosas que traen en su interior los aviones de carga tienen que haberles sido enviadas a ellos por sus ancestros, pues los espíritus de los muertos no conocen al hombre blanco.



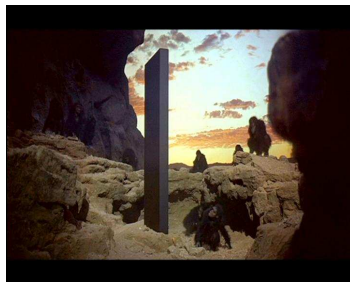
Han destruido sus aldeas, han abandonado sus labores, pero están aquí, perseverando con fe y esperanza a las puertas del cielo.

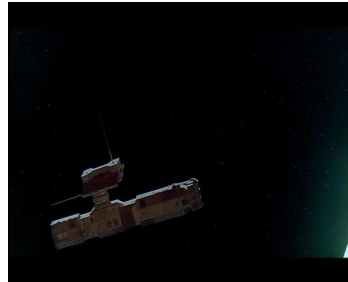


g13. Mondo Cane: il Cargo Cult

El capítulo del *cargo cult* con el que llega a su fin el delirante viaje alrededor de la cultura planetaria del *Mondo Cane* recuerda poderosamente a otra pieza mayor de la historia del cine. En *2001, una odisea espacial* (Stanley Kubrick, 1967), el clan primitivo, un grupo de primates superiores, tras recibir la visita de un enigmático turista espacial, el negro monolito altamente radioactivo, descubre la guerra tecnológica: la primera herramienta letal habría sido el fémur de un antepasado. La narración salta entonces, directamente, al vals de las naves espaciales.

g14. Simios y monolito; hueso y nave espacial





[Fotogramas del filme *2001, una odisea espacial* (Kubrick, 1967)]

La escena de los simios adorando al monolito en la película de Kubrick –y la gigantesca elipsis cinematográfica en virtud de la cual el hueso lanzado al aire por el simio se eleva hacia el cielo para dar paso, en la escena siguiente, al *Bello Danubio azul* cosmonáutico– tiene el aire explícito, intencional, de una escena mitopoética ancestral: el salto evolutivo del mono al hombre como consecuencia del descubrimiento celestialmente inducido de la primera herramienta. La invención advenida del fuego técnico es el motor de la historia biológica del cosmos. Mas, ¿qué hay de equivalentemente primordial en la patética escena documental de *Mondo Cane*?

* * *

Para cualquier usuario de programas informáticos de diseño industrial, estudiante de arquitectura o de ingeniería, la fabricación de prototipos y maquetas es, lógicamente, el paso *previo* a la consecución del objeto real, deseadamente *nuevo*. En arquitectura, la maqueta y el proceso de tanteo entre diferentes escalas anteceden existencialmente al edificio finalizado.³ En ingeniería, el diseño del prototipo experimental –de una bombilla de más bajo consumo, un motor de más potencia, un nuevo *chip* más veloz o una planta atómica generadora de residuos radiactivos menos longevos– prefigura una funcionalidad técnica virtual pero puramente mecánica, aceleración o deceleración posible sobre el papel pero aún industrialmente inédita de tal o cual proceso de

economía maquina: iluminación eléctrica, tracción automotriz, procesamiento informático, fisión nuclear. La novedad comercial llega progresivamente al ser mediante operaciones de estabilización material que desarrollan aquellas cualidades del *unicum* que lo hacen más apto para ser producido en serie sin menoscabo de su capacidad para superar las marcas establecidas de duración, potencia o velocidad punta.⁴

El aeropuerto melanesio de bambú significa justo lo contrario: la secuencia temporal lógica de los procesos de innovación tecnológica se halla aquí invertida, pues la supuesta invención no es sino copia de un modelo preexistente, y todos los pasos aproximativos previos a la invención del avión o, para el caso, del frigorífico o la lavadora, son en realidad progresos en la correcta y total falsificación de una máquina original de origen en esencia desconocido. La maqueta-señuelo de cartón con la que el diseñador de productos industriales pretende representar cierto sistema tecnológico –por ejemplo, un teléfono móvil que detecta si su usuario se ha levantado hoy con el pie izquierdo– del que se sabe a ciencia cierta que es imposible que funcione en la práctica, «puede sin embargo emplearse para suscitar ideas interesantes y nuevos conceptos de diseño. Puede conducir la imaginación profesional hacia nuevos caminos y liberar al diseñador de ideas preconcebidas.»⁵ Si bien el autor de este trabajo, experto sueco en diseño interactivo de nuevas tecnologías de la información, reconoce que estas prácticas de diseño industrial de vanguardia se parecen sospechosamente a los métodos de trabajo constructivo implementados en los aeropuertos de bambú de los cargoístas melanesios, y que, de hecho, los productos finales de ambas labores pueden ser indistinguibles, no duda en añadir que la diferencia entre ambos estilos de trabajo estriba en el modo como las representaciones se usan y se presentan en público ante una audiencia leiga, así como en los métodos de evaluación de resultados. «Para evitar incurrir en *cargo cult design* una representación debe ser presentada honestamente como lo que es –un vehículo exploratorio, no un producto acabado–.»⁶

Hagamos a un lado por un momento la “honestidad personal”, instrumento clave para calibrar la exactitud del ajuste entre las palabras y las cosas y único lápiz de color que, según el argumento original del físico Richard Feynman, permite trazar de manera visible, objetiva, la delgada línea roja que separa la ciencia real de la «cargociencia» (*cargoscience*).⁷ (Apuntemos simplemente que nada resultaba tan definitivo como la

modestia a efectos de construir la honestidad personal del genuino investigador empírico. «El objetivo de la tecnología literaria [del moderno científico experimental] era asegurar a sus lectores de que el autor del texto era el tipo de persona en cuya palabra podía confiarse. Tuvo por tanto que encontrar los medios para hacer visible en sus textos los atributos aceptables de un hombre de buena fe. Una de las técnicas más características en este sentido era la de reportar experimentos fallidos. Un hombre que es capaz de informar sobre el fracaso de sus experimentos es un hombre cuya objetividad no puede estar distorsionada por sus intereses. El despliegue literario de un cierto tipo de moralidad constituía así una de las técnicas esenciales en la fabricación de una cuestión de hecho. Un hombre cuyas narraciones pudieran ser acreditadas como espejos de la realidad habría de ser un *hombre modesto*; sus informes deben hacer visible la modestia.»⁸) Y figurémonos –que tampoco es tan difícil– que, tras largo tiempo de infructuosa espera oteando el cielo y viendo que así no hay manera de que caiga ninguna presa aérea grávida de *maná* industrial, el equivalente melanesio de nuestro moderno ‘jefe de proyecto’ se pone manos a la obra con sus hombres y mujeres para tratar de perfeccionar sus reclamos, implementando por ejemplo, con el mayor rigor y precisión, primitivos efectos de luz y sonido a base de teas ardientes y membranas percutidas, con la intención de hacerlos más exactos, esto es más parecidos a –y por tanto más atractivos para– sus rollizos congéneres euro-americanos, amamantados a base de disciplina y fiabilidad en los talleres de Macdonell-Douglas, Boeing o Airbus. Esto o algo muy parecido a esto –a saber: la inevitable inmersión de cualesquiera procedimientos metódicos de ‘acción instruida’ orientados al descubrimiento y la invención tecnocientífica en los rituales de civilidad (intercambios de saludos, miradas, sonrisas y turnos de palabra, meteduras de pata y tropezones afortunados, críticas y justificaciones, etc.) con los que tejemos silenciosamente lo que de cotidiano hay en la vida, aquello que, puesto que pasa y pasa sin cesar, parece, justamente por ello, no pasar– es, de hecho, lo que prueba *a contrario* el ya largo *corpus* acumulado de estudios etnográficos sobre la irreparable ordinariadad de los más avanzados protocolos ingenieriles de diseño e innovación industrial.⁹

En su adaptación de las tesis de Feynman sobre la *cargociencia* al estudio de la innovación tecnológica, Holmquist emplea un ejemplo muy interesante para ilustrar su concepto del *cargo cult design*. (Por cierto que la expresión *cambiazos experimental*, de

tan divertidas resonancias mortadelianas¹⁰, sería otra formulación técnica de alto valor descriptivo a la hora de dar cuenta razonada de este tipo de prácticas culturales.) Cuenta que, asistiendo a una feria de muestras de equipos de telefonía móvil, cierto ingeniero de telecomunicaciones le informa de que su empresa estaba presentando en el evento el prototipo de un ‘teléfono móvil inteligente’ presuntamente capaz de detectar el sentido social típico de las situaciones ordinarias en las que pueden hallarse inmersos sus usuarios (‘reunión aburridísima’, ‘sala de cine con la película empezada’, ‘último bis del concierto’, etc.) y actuar autónomamente en consecuencia (cambiando el sonido por la vibración o a la inversa, el ‘bip’ por la melodía, etc.) Una vez que Lars Erik empezó a interesarse por los detalles concretos del teléfono y a hacer ostentación de su familiaridad con proyectos de investigación paralelos que habían intentado desarrollar productos similares sin haber llegado ni por asomo a obtener resultados tangibles, su colega le reconoció que lo que se mostraba realmente en la vitrina de su stand era simplemente una maqueta del aparato.¹¹ El final de esta historieta, empero, no zanja en modo alguno la cuestión, pues se abren aquí más interrogantes de los que se cierran. Así, cierto estudio comparativo sobre la juvenil vida civil de la telefonía móvil en distintas capitales europeas¹², ha mostrado cómo, del empleo de estrategias de aproximación fenomenológica alternativas a los protocolos convencionales de la ciencia cognitiva y la ergonomía para tratar problemas de imaginación ingenieril análogos –así, el diseño de un teléfono móvil “afectivo” con el que, al presionar «ciertas partes del aparato» podríamos «enviar mensajes no verbales, como vibraciones, o aumentos súbitos de temperatura, a la terminal de nuestro interlocutor»¹³–, pueden resultar orientaciones tan sumamente concretas para el diseño de prototipos tecnológicamente viables, que a uno le da por pensar si la delgada línea con la que pretende separarse el buen *cargo cult design* del malo no será más bien un conjunto de puntos abigarradamente disperso. Polvo rojo.

Más allá de los estudios fenomenológicos y praxeológicos de la innovación técnica, la hipótesis de que toda invención es en realidad producto de un proceso de ingeniería inversa llevado a cabo sobre un objeto encontrado, sea un monolito misterioso o un vulgar avión de carga, es el correlato de la conocida especulación ciencia-ficcional del “paleocontacto”, el encontronazo prehistórico entre una multitud de pueblos terrícolas primitivos y diversos grupos de turistas extraterrestres. «En tiempos prehistóricos y

protohistóricos, la Tierra recibió varias veces la visita de unos seres desconocidos del espacio. Esos seres desconocidos crearon la inteligencia humana por medio de una mutación artificial programada. Los extraterrestres ennoblecieron a los homínidos al hacerlos a su “imagen y semejanza”. Por eso nosotros nos parecemos a ellos, no ellos a nosotros. Las visitas a la Tierra de esos seres desconocidos del cosmos fueron registradas y transmitidas por mediación de las religiones, las mitologías y las leyendas populares. En algún lugar, por ahora ignorado, existe un depósito con las pruebas materiales de su presencia». ¹⁴ Los ‘astronautas antiguos’, cuatro décadas después de haberse dado a conocer al mundo a través de los *best-sellers* del periodista e investigador suizo Eric von Däniken, han vuelto a ser el centro de atención de los focos de las televisiones del mundo entero de la mano del Movimiento Raëliano Internacional, un nuevo movimiento religioso de carácter explícitamente politeísta, materialista y fundamentalista, fanático de la ciencia, que aboga por el desarrollo de la clonación humana como paso previo para volver a entrar en contacto con los *elohim*, “nuestros padres celestiales”, la raza de científicos alienígenas que, sostienen, habría creado, descubierto o inventado la especie humana en un laboratorio experimental de ingeniería genética. ¹⁵ Miembros sobresalientes de culturas alienígenas míticas cuya característica más destacada consistiría en haber alcanzado, con antelación infinita, un estadio de desarrollo tecnológico tal que, visto desde el punto de vista de cualquier presente tecnológico humano, su logro primordial, el viaje interestelar, la violación de la interdicción de Einstein, el tabú que prohíbe navegar a velocidades iguales o superiores a la de la luz, sólo puede entenderse como una fantasía de ciencia ficción y nunca como una posibilidad técnica realmente factible. «Dentro del credo de las religiones ovni toda perfección futura va asociada con la intervención del *deus ex machina* de la técnica; pero la tecnología que tome parte en la solución final estará, respecto de la tecnología actualmente disponible en Occidente, a la misma diferencia exponencial que hoy separa a ésta de las culturas líticas melanesias.» ¹⁶ En la supermegalópolis de los dioses el hombre es un objeto encontrado para el hombre ¹⁷, paciente de ingeniería inversa desmontado y vuelto a sintetizar *ex novo* pieza por pieza: imagen por fotograma, sonido por palabra, implante a tejido, humor a hormona. Experiencia a droga. ¹⁸ Sueño a recuerdo y recuerdo por sueño.

«Un mito antiguo explicaba con frecuencia la diferencia de estatuto material entre europeos y oceanianos por la violación de una interdicción [*tabú* en diversas lenguas vernáculas de la zona], violación cometida por el antepasado de estos últimos provocando, ya fuese la partida de uno de los hermanos con las riquezas materiales convertidas en riquezas de los blancos –mientras que el otro conservaba los «verdaderos» alimentos–, ya fuese la partida del héroe civilizador que prometía un regreso escatológico. La aceptación fácil del establecimiento de los europeos está ligada, en muchos casos, a este mito, y a la esperanza en días mejores. La decepción general se ha representado, entonces, una de cada dos veces, por el mito del robo del cargo por los blancos, cambiando estos últimos a bordo de los barcos las etiquetas de las cajas, atribuyéndose así los bienes materiales que los muertos envían a sus descendientes negros. De ahí la tentativa de provocar la llegada directa de estos últimos, es decir, el regreso de los antepasados, con todo su poder; así como, por un cataclismo, el trastorno de los valores sociales, mediante la dominación de los negros sobre los blancos, y el establecimiento de toda riqueza, desde su origen mismo, en la tierra de los primeros. De modo que estas resurgencias, a veces violentas, en todo caso pasionales, frecuentemente anti-europeas, al menos en una fase secundaria, constituyen una de las señales de la importancia excepcional del culto a los antepasados dentro del complejo religioso oceaniano.»¹⁹

* * *

Del fondo oscuro del espacio interestelar que surcan las naves de la memorable película de Kubrick se ve surgir la figura de un asteroide a la deriva que parece venirse directo desde la pantalla hacia el espectador sentado en la sala de cine. Travesura genial que hace que el espectador atento abra los ojos cerrados como platos (*eyes wide shut*) y se dé cuenta del hecho más esencial, contenido en la pregunta más natural que exige la situación de espectación cinematográfica, la más difícil de responder por tanto: ¿cómo ha llegado la cámara *ahí*? Sabemos, al ver esta extraña escena de ficción, que la visita crucial que confirmó a los aborígenes de Nueva Guinea en lo bien fundado de su ceremonial de adoración de los aviones, fue la del equipo de filmación que tomó las imágenes de la secuencia final de *Mondo Cane*. Dicho de otro modo, al contrario que en el filme de ficción de Kubrick, que es un montaje plena y estrictamente *cinemático*, el documental melanesio es, además, también un montaje *aeronáutico*. El aeropuerto de

bambú es al de Port Moresby lo que las naves-maqueta de la odisea espacial de Kubrick a una cámara de cine hecha de cartón-piedra. Quiero decir, que la contemporaneidad cinematográfica de los hombres y sus fantásticas esperanzas milenaristas inmarcesibles son ambas más violentas en *Mondo Cane* que en *2001*.

El cine y el avión son, como ya viera el sociólogo francés Edgar Morin en su tesis doctoral, dos invenciones técnicas mellizas.²⁰ La tecnología aeroespacial operó una ruptura absolutamente titánica sobre las restricciones más connaturales con nuestro ser físico, mientras que el cine abrió simultáneamente una inesperada brecha prometéica en alguna junta no muy bien acabada de los diques invisibles que contienen nuestro imaginario cultural dentro de su medio amniótico original, logrando conectar así, de algún modo, el oscuro fulgor inframundano del sueño²¹ con la vigilia ampliada por la luz eléctrica. (Sobre la comunión entre el cine y el sueño trató abiertamente Stanley Kubrick en su última película, la genial *Eyes Wide Shut* [1999]).²² Pero sólo en el *cargo cult* está completa la trinidad de la nueva religión tecnocientífica: el carguero fantasma y su maqueta de bambú, el equipo de filmación del documental antropológico especialmente desplazado para cubrir el evento, y la masa abierta y densamente creciente de multitudes turísticas en potencia²³ que salen de los cines calculando cuánto puede costar un billete de avión para ir a ver en persona lo que acaba de ver en la pantalla: *la escena ancestral*.

II.2. Americanos, os recibimos con alegría

Durante un tiempo [los nativos de la costa noreste de Nueva Guinea] no pensaron que los europeos fueran todopoderosos, sino más bien gente patética e ignorante que podía ser engañada o robada con gran facilidad. Su ignorancia de la hechicería era lamentable. «Estos no son hombres, son sólo dioses», decían los nativos, considerando a los blancos seres cuyas vidas valían menos que las de los hombres vivos. Además hablaban las lenguas indígenas muy mal.²⁴

Un reportero de viajes desplazado para cubrir la versión 2002 de la fiesta anual del Día de Jon Frum, que se celebra todos los 15 de febrero desde 1957 en la aldea de Lakamara, en la Bahía del Azufre de Tanna, describía así los fastos del día. «Al poco de la salida del sol, el día de fiesta comienza con una ceremonia de bendición: una multitud de unas cien personas se amontona dentro de una pequeña cabaña en el extremo de la explanada del desfile y cantan algunos de los himnos de Jon Frum [...] pero la ceremonia es claramente no cristiana: en el momento culminante del servicio, cada uno de los participantes, con las manos levantadas, coloca una flor sobre el sagrario. [...] Lentamente, un pequeño revuelo de actividad comienza a formarse en torno al ‘cuartel general’, una chabola hecha de láminas de chapa onduladas al otro lado de la explanada. Los miembros veteranos de John Frum aparecen vestidos con viejos uniformes del ejército de EE.UU., algunos muestran medallas y un amasijo de condecoraciones, escudos y “pines” que abarcan desde el logotipo de Greenpeace hasta fotos de estrellas negras del béisbol americano. [...] Se reúne al cabo una pequeña multitud, los jefes poco a poco van agrupando a la gente en formación de desfile y traen dos banderas de la oficina del cuartel general. Una de ellas es una vieja bandera americana de barras y estrellas de la Segunda Guerra Mundial, la otra es una bandera de la Vanuatu ocupada por los japoneses, el símbolo del movimiento de resistencia que condujo a la nación a su independencia en 1980. Tres veteranos avanzan lentamente hacia el mástil y proceden a la ceremonia de izado y saludo a la bandera, liturgia que parece una copia verosímil de la versión original americana. El resto de la tropa de veteranos permanecen formados en posición de firmes, en espera de la siguiente fase del ritual: la solemne presentación del Ejército de John Frum. El ejército hace su aparición llegando desde la jungla que se extiende detrás de la aldea: unos cuarenta jóvenes, vestidos con vaqueros y el torso desnudo con las letras ‘USA’ pintadas con marcador fosforescente de color rosa sobre su pecho y espalda. Cada uno de ellos porta un ‘rifle’ de bambú, un largo palo con la

punta afilada y pintada de rojo con el que presentan armas a sus mayores. Luego marchan sobre el campo de desfiles, donde se izan nuevamente otras dos banderas: la insignia de los Marines americanos y la bandera del Estado de Georgia, EE.UU. Los veteranos ordenan la disposición de la tropa sobre el terreno a grito pelado y toques de silbato, haciéndoles marchar hacia delante y hacia atrás bajo el tórrido sol que ya está en lo alto surcado por la fumarola humeante del volcán. La multitud aplaude con ganas cada berrido que ordena “descansen armas” o “armas al hombro”. Mitad desfile militar, mitad danza tribal, *esta ceremonia es un teatro como no hay otro*, y atrae de una forma genuina tanto a los propios habitantes de la isla como a los *visitantes extranjeros*. Finalmente, la tropa marcha otra vez de regreso hacia la jungla, pero los veteranos no abandonan su puesto y piden a continuación al resto de la aldea que salga a bailar danzas tradicionales [*kastom*, término pidgín tomado del inglés *custom*, uso, tradición]. Grupos de una docena o así de chicos y chicas jóvenes se turnan ahora procesionando y dando vueltas en círculos al son de los silbatos de los jefes y acompañados por toques de guitarra. Los miembros de la tropa regresan progresivamente en camarillas informales, charlando y saludándose efusivamente, para unirse al baile; añaden ahora a los eslóganes pro-americanos que llevan pintados en sus pechos sombreros de paja y una especie de serpentinas. Hacia el final de la jornada el espectáculo se va transformado gradualmente en una ceremonia *kastom* tradicional en la que todos bailan, cantan y comen a dos carrillos el pesado pastel gelatinoso que llaman lap-lap.»²⁵ Tampoco falta, por supuesto, el té de la raíz del kava, que se bebe por toneladas. En una descripción ligeramente posterior de la misma ceremonia se dice que algunos hombres y niños se lanzaban a bailar esgrimiendo réplicas de sierras mecánicas hechas con ramas y, mientras pateaban rítmicamente al son de la música, hacían el gesto de cortar el aire con las sierras al tiempo que cantan: «Hemos venido de América para cortar los árboles y así podremos construir fábricas.»²⁶

Los habitantes de la pequeña isla de Tanna, en el extremo sur del archipiélago de Vanuatu, antiguas Nuevas Hébridas, en la Melanesia, la constelación isleña que une el sudeste asiático con el continente austral, son unos cachondos peligrosísimos. Su humor cósmico es bien conocido en los departamentos universitarios de antropología social y cultural, mayormente entre los melanesiólogos, pues Tanna es la patria de una de las sectas religiosas más delirantes de todas cuantas tenemos noticias históricas.

(La profesora Dorothy Billings, estudiosa de otro *cargo cult* si cabe más cachondífero, la ‘Secta de Johnson’ de la isla de Nueva Hannover, en el archipiélago melanesio de las Bismarck, nos ha revelado este secreto a voces. «En privado, los antropólogos no son tan insensibles como parece a los aspectos humorísticos de los *cargo cults*. Hacer chistes sobre ellos es algo casi irresistible, si bien se considera poco profesional hacer bromas al respecto fuera de los corrillos congresuales. La Secta del Presidente Johnson proporcionaba terreno abonado para el gracioso de turno: así, por ejemplo, cuando un colega americano oyó que me iba a Nueva Hannover a estudiar el movimiento por el voto para Johnson, me escribió con la sugerencia de que debía decirles a sus seguidores melanesios “que los americanos no pueden prescindir de él justo ahora.” Era el momento cuando Johnson competía contra Barry Goldwater por la presidencia de EE.UU. Tiempo después, una vez que Johnson había conseguido ya desilusionar a una buena parte de su electorado, el mismo colega volvió a escribirme: “Estamos recaudando fondos para enviar a Johnson a Nueva Hannover, sólo esperamos que aún le quieran allí.” Únicamente a la legendaria antropóloga Margaret Mead, que había estudiado los cultos cargo muchos años atrás, no parecían divertirle estas historias: una vez que me la encontré en Port Moresby me preguntó en un tono poco menos que de reproche por qué quería ir a Nueva Hannover, y añadió “Los cultos cargo son un peñazo”.»²⁷ Tenía fama de ser tremendamente estricta y, por tanto, científicamente rigurosísima, la Mead.)

La llamada Secta de John Frum o Jon Frum o Jon Fron o Jonfrón, está catalogada a la sazón por los antropólogos dentro de las así llamadas “adoraciones del cargamento”, esos cultos neo paganos, curiosidades menores de la moderna ciencia de las religiones, en los que, según la caricatura al uso²⁸, salvajes en taparrabos erigen altares a las latas de conservas y los botes de Coca-cola del hombre blanco y adoran, por extensión, como si maná de los dioses fuese, toda clase de productos de fabricación en serie y equipos de maquinaria industrial ligeros o pesados.

(Dentro del enorme corpus acumulado de literatura académica sobre los movimientos cargo, una mayoría de especialistas en el tema destaca la monografía etnográfica pionera del profesor australiano Peter Lawrence donde se narra la epopeya prodigiosa de Yali de Madang.²⁹ Este excelente libro demuestra además como el género editorial

“libros de actualidad política” puede disfrazarse discretamente en la estantería dedicada a estudios antropológicos.³⁰ La otra gran monografía antropológica clásica sobre las religiones cargoístas de Melanesia es el estudio del profesor Kennelm Burridge sobre el Juan Bautista de Yali: Mambu de Apingam que, en 1937, lideró el primer movimiento cargoísta moderno insurgido en torno a la aldea de Tangu, en la costa noreste de Nueva Guinea.³¹ El clásico por excelencia de la literatura antropológica sobre los cultos cargo en lengua francesa es el estudio de Jean Guiart sobre las sectas de Tanna, publicado en 1956.³² Disponibles en traducción castellana están otras dos obras clásicas sobre el tema: el temprano ejercicio de revisión y análisis de la literatura disponible publicado por el profesor Worsley en 1957 y el artículo divulgativo –muy popular en su tiempo, principios de la década de 1970– publicado por el antropólogo Marvin Harris.³³ La literatura antropológica del nuevo siglo ha tenido a bien aportar sus propios gramos de sustancia a este debate académico. De entre los catorce trabajos reunidos en el volumen monográfico editado por Holger Jebens³⁴, me han sido de ayuda las observaciones de Lamont Lindstrom sobre la implosión economista, en el interior de un folleto turístico titulado “Destination Vanuatu”, de los textos antropológicos sobre la secta de Jon Frum y su esotérico exotismo mítico-religioso-bélico³⁵, así como su incursión en los métodos conversacionales y transcriptivos de elaboración de “listas de la compra cargoístas”³⁶; también las notas de Karl-Heinz Kohl sobre el tufo cargoísta que desprende la doctrina del “marco fuerte”, férrea versión alemana del moderno análisis económico de la política monetaria, y también su pregunta final sobre las causas posibles del sospechoso rebrote del tema de los cultos cargo en la academia antropológica internacional durante la última década del siglo XX.³⁷ Dos últimas referencias de alto valor: el clásico historiográfico de Norman Cohn sobre el milenarismo medieval europeo y la compilación postrera de Trompf sobre milenarismo y cultos cargo.³⁸)

Según cuentan las crónicas, allá por el año 1940 o quizás un año antes, una misteriosa figura salida del mar se presentó una noche en mitad de una fiesta de kava que celebraban los machos aborígenes adultos de la aldea de Green Point, en la zona conocida como Sulphur Bay, la Bahía del Azufre, sita en el extremo suroeste de la isleta, al pie de la falda norte del gran volcán Yasur. El espectro, que hablaba con voz extraña, dijo llamarse «John Frum» (Jon Froom, Jon From o Jon Fron, tal como se pronuncia en lengua *bislama*, el inglés criollo o sincrético local). La explicación más ordinaria del

apellido es la fórmula informal de presentación de la tropa estadounidense cuando juega fuera de casa: *Hi, this is John, from America* –Hola, aquí Juan, un americano–. (Por cierto que algún administrador francés un tanto paranoico creyó ver también oculta en él la pronunciación nativa de la palabra inglesa “broom”, escoba, la cual cuadraba a la perfección dentro del primer mandamiento del catecismo nacionalista que las autoridades coloniales atribuían al movimiento: «Barred a los blancos fuera de la isla.»³⁹). El caso es que, una vez pasado el primer momento de espanto, en las fases simultáneas de adoración-admonición, el enviado americano sermoneó a los presentes para que uniesen sus fuerzas en proyectos de futuro para la comunidad, como limpiar los bosques, renovar las viviendas y... construir un moderno aeropuerto internacional, hecho todo de bambú y que funcionase sin una sola gota de electricidad ni falta que hacía. Si bien la identidad real más probable del fantasma de John Frum que se apareció nuevamente en público en la isla poco tiempo después, en mayo de 1941, es la de un tal Manchevi, el nativo que confesó ante el colono Nichols haberse disfrazado de Jon Frum para gastarles una broma a sus vecinos –según consta en la versión oficial, registrada por escrito, de éste que fue para las autoridades el “primer incidente John Frum”, que consta en los archivos legales coloniales de la isla⁴⁰–, los estudiosos académicos del suceso (infieles todos) han especulado también sobre la posibilidad de que la aparición original de Mr. John Frum, ocurrida según la versión de los creyentes un año antes, en 1940, se tratase en realidad de la visita no tan casual de un piloto, posiblemente afroamericano, de un avión de caza de las fuerzas aéreas de EE.UU. De patrulla por la zona, el aviador habría tenido, especulan, que hacer un aterrizaje de emergencia en esa parte de la isla para escapar de los aviones japoneses o bien por problemas técnicos, como le sucediera también, sólo que en mitad del desierto del Sahara, a aquel otro aviador legendario: Antoine de Saint-Exupery, el autor de *El principito*. También, se piensa, pudo haber sido el piloto de un avión derribado que habría tenido tiempo de saltar en paracaídas, cayendo al mar y llegando luego a la playa. Al poco de haberles montado a los tanneses la guasa ‘Una noche de San Juan a lo bestia’ –contemplando con la boca abierta las luces de los platillos volantes yendo y viniendo a toda hostia por el cielo oscuro, uno de los personajes de la peli *Encuentros en la tercera fase* (Steven Spielberg, 1977) define el espectáculo como «una noche de San Juan a lo bestia»–, el piloto soldadito Johnny habría sido localizado por radio por sus compañeros de escuadrón –llevaba un transmisor– y, cuando vino a rescatarle otro avión, sus primeros

discípulos lo habrían visto ascender a los cielos y luego desaparecer en ellos cual si fuese el profeta Elías redivivo o el mismísimo *ET* del mismo Spielberg.

Entre los fieles, en cambio, la crónica del maestro ancestral prosigue con el capítulo en el que la aparición comenzó predicando a los presentes respeto para con las leyes impuestas por el gobierno colonial y también hacia las enseñanzas de los misioneros cristianos, tanto católicos como protestantes, establecidos en el área. Solo en un segundo momento el mensaje mesiánico habría cambiado de signo y desde entonces la secta de John Frum promueve la recuperación de las ceremonias rituales tradicionales, que consisten mayormente en beber kava y bailar a la luz de la luna con y sin moderación. Habiendo sido por esta causa declarada en rebeldía por las distintas autoridades coloniales y postcoloniales en numerosas ocasiones. Con el tiempo, sin embargo, los líderes y las bases de la secta mesiánica habrían de jugar un papel decisivo dentro de un movimiento nacionalista más vasto que, desde fines de la década de 1960, comenzó a reivindicar el fin de la doble administración colonial anglo-francesa y su colofón, la independencia política del archipiélago, con cuyo eventual logro surgió, en 1980, una nueva nación, Vanuatu, ‘Nuestra tierra’ en lengua melanesia. Desde entonces las gentes de John Frum han sido parte activa de las nuevas instituciones políticas indígenas, ocupando cargos electos tanto en la provincial Tanna como en el parlamento de Port Vila, la capital de Vanuatu en la céntrica isla de Efaté. En el inicio del siglo XXI, el cargo de ministro de sanidad de Vanuatu estaba ocupado por un miembro de Jon Fron. Era *de esperar*. Como también era mesiánicamente de esperar que, en estos primeros años del nuevo siglo, las actividades más distintivas del movimiento, como las fiestas de kava, cante y baile de los viernes por la noche, y en particular el desfile teatro-militar de la gran ceremonia anual del día 15 de Febrero, El día de Jon Fron, declarado fiesta nacional, sean calificadas por algún vecino de Lamakara, la aldea principal de la Bahía del Azufre, como «una turistada».

Aserto extraño éste, se dice el reportero-mochilero internauta que firma la crónica electrónica⁴¹, arguyendo que los únicos espectadores foráneos que asistían a la ceremonia eran él mismo y un par de periodistas del Sydney Morning Herald. Cualquiera que haya hecho alguna vez en su vida esa obrilla de teatro paranormal que tiene por escenario la vida normal y lleva por título ‘Hacer el turista’, aunque solo haya sido durante una visita guiada de media hora a la iglesia de su propio pueblo o ciudad,

habrá podido darse cuenta de que *la medida* de las “cosas para turistas”, al igual que la de los objetos de las ciencias naturales, depende tanto del metro o moneda que se use⁴² como del pulso del administrador, sea éste un guía turístico, el comandante en jefe o, por supuesto –ya somos tres– uno mismo.⁴³ Por eso no tiene nada de extraño que la gente emplee la expresión «turistada» en ausencia de masas de espectadores. No tiene que ver. Las obras que se representan en el teatro de la prisa no tratan tanto de la ley de los grandes números cuanto del magnetismo del mundo: cómo se ejerce el peso terrible de la historia sobre una conciencia en modo alterno que pasa insensiblemente del sonambulismo drogata –«El turismo es menos el descubrimiento del otro, la relación física con el planeta, que un trayecto sonámbulo, guiado por un mundo semi fantasma de folklore y monumentos»⁴⁴– al estado de gracia y maravilla en volandas de las músicas arrebatadoras de la geografía y el clima.

No menos extraño es este segundo juicio encontrado en otro reportaje viajero sobre la saga de John Frum, según el cual, por mucho que los fieles de la secta hayan rezado a lo largo de los últimos 60 años para que el dios americano volviese a la isla en un gran buque cargado de enormes contenedores llenos de radios, televisores, *jeeps*, lavadoras, frigoríficos, motocicletas, golosinas, carne enlatada, cigarrillos, Coca-Cola, medicinas, ordenadores y teléfonos móviles, «lo cierto es que los venerados Americanos nunca volvieron, *excepto* en la forma de un *goteo* (*dribble*) de turistas y veteranos de guerra ansiosos por volver a visitar las lejanas islas en las que hicieron la guerra durante su juventud.»⁴⁵ Las visitas turísticas con cuentagotas son, por lo que parece, la única fisura posible en el dogma, aceptado por la práctica totalidad de los comentarios escritos sobre el caso, del flagrante incumplimiento a día de hoy de las profecías sectarias de John. Curioso. Extraño. Interesante. Léase, en fin, esta tercera afirmación extraída de la escueta ficha sobre el Movimiento John Frum en la enciclopedia electrónica de las religiones que edita la División de Religión y Filosofía del Colegio Universitario St. Martin's de Gran Bretaña: «El poder de John Frum pareció confirmarse con la llegada de turistas a la región después de la guerra, que trajeron consigo *un cierto nivel de prosperidad material* para las islas.»⁴⁶

* * *

«Tanna, en lengua tannesa, quiere decir ‘la tierra’. Y la tierra ofrece aquí lo mejor de sí: exhuberancia, selvas tropicales intactas, flores exóticas que liberan sus mejores perfumes por la noche, plantaciones de café, praderas por donde galopan libremente caballos salvajes, montañas poderosas, arroyos termales, cataratas y, presidiéndolo todo desde lo alto, el furioso y humeante volcán Yasur. También los mares ofrecen posibilidades fabulosas para los surfistas, maravillosos arrecifes de coral y zonas más profundas para fondear el yate y disfrutar de un baño en aguas de un azul cristalino.» Así reza el texto introductorio de la más radicalmente postmoderna de todas las monografías antropológicas dedicadas a la isla de Tanna.⁴⁷ En la misma página inicial, en el margen izquierdo arriba, hay un recuadro con un mapa de la isla en la parte inferior acompañado de la típica lista de recomendaciones o pistas destacadas (*highlights*) para disfrutar de una auténtica, y por tanto *buena*, visita turística a la isla:

- Maravíllese ante el espectáculo de fuegos artificiales que ofrece la naturaleza durante una visita nocturna al volcán Yasur.
- Descubra el Vanuatu tradicional en las aldeas *kastom* de Tanna.
- Conozca la fascinante secta Jon Frum.
- Visite en excursión a caballo uno de los mayores organismos vivos sobre la tierra, un *banyan* gigante.
- Asista a la ceremonia tradicional del Nekowiar.

Modelizada en términos semióticos, la composición informativa de la guía turística prototípica obedecería, según han mostrado diversos autores, a una forma de articulación estructural en doble eje: sobre la abscisa del *videndum* que define “lo que no te puedes perder” se van escalonando los distintos “sitios de interés” según su *diferencial turístico*, esto es, su potencial de exotismo pintoresco que se calibra empleando un repertorio perfectamente normalizado de adjetivos admirativos.⁴⁸

Unas páginas después, en la parte superior, hay otro texto resaltado en recuadro con la leyenda *The Jon Frum Movement*. «En 1936, el hermano del dios que habitaba en el Monte Tukosmera, llegó desde el mar a Green Point y se anunció a un grupo de bebedores de kava. Les dijo que en cuanto los europeos abandonasen Tanna se acabarían las epidemias y comenzaría una época de abundancia y riqueza. Cuando las tropas de EE.UU. aterrizaron en Efaté y Santo, muchos tanneses fueron a trabajar a las

bases militares americanas. Vieron allí una enorme cantidad de equipos de transporte, refrigeradores, radios, así como una oferta ingente de botellas de Coca-cola y cajetillas de cigarrillos. Pero sobre todo los tanneses conocieron allí a soldados afro-americanos que tomaron por tanneses disfrazados. John Frum tenía que ser americano de todas todas. Ansiosos por volver a oír sus mensajes, algunos fieles conspicuos fabricaron sistemas de radio para la comunicación aérea a base de latas e hilo de alambre de desecho. Aún otros llegaron a construir una especie de aeródromo en mitad de la selva, y lo poblaron de aviones de madera de reclamo con el fin de atraer hacia una pista de aterrizaje abierta entre los matorrales a cargueros aéreos de verdad. E incluso otros últimos construyeron muelles donde habrían de amarrar en el futuro barcos de carga llegados de América. [...] ¿Cuándo volverá?, les preguntamos. “¿Cuánto habéis esperado los cristianos?”, nos replican. “¡Casi 2000 años, y nosotros sólo 67!”.»⁴⁹ Aún en las páginas finales del capítulo dedicado a la isla de Tanna por los autores de la Guía Lonely Planet de Vanuatu, en una columna a la izquierda y bajo el encabezado ‘La costa este’, hay un pequeño texto especialmente dedicado al turista que quiera visitar el epicentro territorial del movimiento John Frum. No tiene desperdicio: «Sulphur Bay, la Bahía del Azufre, venía siendo uno de los principales centros del culto a Jon Frum, al menos hasta que una disputa filosófica enfrentó a los jefes Isaac y Fred. Al igual que otras aldeas del movimiento Jon Frum, ésta se levanta alrededor de una explanada rectangular para uso ceremonial. La iglesia que está a uno de sus lados alberga el símbolo más sagrado de este movimiento, una cruz roja.⁵⁰ Hay además en esta iglesia un poste sin pintar que está dedicado a Cristo y que se emplea para curar el dolor de cabeza. Si preguntáis por ella, os mostrarán la tumba de Nampus, un profeta de Jon Frum de la época pionera de los años 1950. La entrada a la aldea cuesta 500 Vt.⁵¹ Cuando el lago Isiwí rompió los diques que le contenían, manó un gigantesco arroyo de aguas termales hacia la playa de arena negra, de suerte que podéis daros hidroterapia gratis si saltáis desde el arroyo hasta las olas. Pero debéis pedir permiso para usarlo. El profeta Fred, que fue quien predijo que la presa del lago reventaría, ha fundado una nueva religión bautizada “Unidad”, así como una nueva aldea en la montaña que hay entre Sulphur Bay y Port Resolution. Como Fred todavía es jefe en Sulphur Bay, sus seguidores bajan hasta allí los viernes para asistir a las danzas nocturnas. El anterior jefe, Isaak Wan, se ha llevado a su grupo de seguidores a Namakara, siguiendo la carretera que asciende hacia Ash Plain, El Llano de las Cenizas. Si visitáis esta hermosa aldea no olvidéis llevarles

algunos regalos y prepararos para bailar toda la noche (*no se cobra entrada*).»⁵² No se cobra entrada *todavía*, podría haberse añadido. Que luego, es sabido, hay lectores-viajeros que mandan mensajes a la editorial quejándose de lo desfasado que estaba el capítulo ‘gangas’ de la información práctica de su guía turística.

Las guías de viajes son monografías antropológicas monstruosas en el sentido de que se trata de obras literarias que devoran todo lo que encuentran a su paso: el número registrado de especies de reptiles en todo el archipiélago, el área de buceo de Luganville donde más abundan los carteristas, el teléfono del cónsul italiano en Port Vila, el nombre del señor que vende las mejores flechas talladas en Ambryn, el nombre de la primera mujer miembro del parlamento post colonial, la localización exacta del único urinario público que hay en las inmediaciones del cráter del volcán Yasur... y varios millares más de datos heterogéneos –incluyendo, por supuesto, lo que debería costarte, en moneda local, un taxi al aeropuerto, así como la fecha, el 25 de abril de 1606, del descubrimiento del nuevo territorio que Pedro Fernández de Quirós, navegante portugués al servicio de la corona española, bautizara como ‘Australia del Espíritu Santo’, la actual isla de Santo⁵³– que sólo un ejército de jóvenes Borges (¡y mapas, muchos mapas y planos!) se hubiera atrevido a clasificar y archivar dentro del comprimidísimo espacio textual de un volumen de bolsillo de 176 páginas.

En la sección sobre ‘Economía’ del capítulo titulado ‘Información general sobre el país’ de la 4ª edición, publicada en 2003, del estudio pantagruélico de Lonely Planet sobre el archipiélago de Vanuatu, antiguas Nuevas Hébridas de los Mares del Sur, se informa al intrépido viajero contemporáneo –y mayormente australiano– de que el turismo era, ya en esa fecha, la segunda fuente de divisas del archipiélago, solo superada por las exportaciones agrícolas, principalmente el comercio de copra (cáscara de coco seca).⁵⁴ Según las cifras que constan en este abigarrado manual de instrucciones para aventureros occidentales de hoy en día, el 90% del turismo que recibe Vanuatu proviene de Oceanía, en particular de Australia (60%), Nueva Zelanda (14%) y Nueva Caledonia (7%). Aunque, añaden los editores de la guía de viajes, existen todavía muchas islas que siguen sin recibir casi ningún turista, en los últimos años han empezado a proliferar ciudades de vacaciones promovidas por empresas de turismo. La propia Lonely Planet Ltd., la empresa editorial de las guías de viajes Lonely Planet, emporio global donde los

haya si es que verdaderamente hay alguno, apuesta claramente, o eso dice en la guía, por el así llamado ‘Ecoturismo’ como motor del desarrollo turístico del país en el futuro más inmediato. Leamos:

«Los experimentos de desarrollo realizados con anterioridad en Vanuatu por parte de compañías hoteleras internacionales provocaron una degradación de los recursos naturales a cambio de una rentabilidad económica que se demostró no sostenible. En el pasado, las iniciativas turísticas en Vanuatu estuvieron lideradas para extranjeros, quedando para los nacionales únicamente los puestos subordinados de la industria. Pero ahora los Ni-Vanuatu [vanuatenses] se implican cada vez más en la dirección de empresas turísticas. “Bungaloes” y casas de huéspedes florecen por todas partes en las islas más exteriores y cada vez más se permite a los visitantes extranjeros presenciar en vivo ceremonias y danzas tradicionales de alto valor cultural. En vez de acabar con los bosques, lo que se pide ahora al visitante es que pague una módica cantidad para poder pasear por ellos, hacer fotografías y para su disfrute en general. Hacer ecoturismo es un modo fenomenal de aprender sobre la conexión íntima entre la vida social de los habitantes de Vanuatu y los ritmos naturales de sus mares y sus junglas. Buscad así, por ejemplo, esos característicos palos que los nativos clavan en la arena de la playa para indicar que la pesca es *tabú* en ciertas partes de la costa. Informaos también sobre las zonas donde existen restricciones a la pesca submarina, y sobre el ciclo de los cultivos vegetales. Son también dignas de visitarse las numerosas reservas marinas, los santuarios de tortugas y los criaderos de almejas gigantes, también existen varios tabúes que afectan a la caza de pájaros. Los isleños mantienen al mínimo la generación de residuos y reciclan la basura de forma inteligente, vosotros debéis hacer lo mismo.»⁵⁵

(El característico olor a incienso –perfume de sacristía– que exhala el marketing ecoturístico puede respirarse de forma pura, en dosis concentradas, leyendo algunos de los mandamientos del ‘Catecismo del ecoturista’: si contrata su viaje en una agencia, pregunte por sus políticas medioambientales y de responsabilidad social; si se aloja en un hotel o una casa rural, compruebe que sean respetuosos con su entorno y pregunte por el reciclado de basuras y por sus medidas de ahorro energético y de agua; tome el máximo contacto posible con las poblaciones locales y trate de que su viaje les reporte beneficios económicos, puede ser una aportación directa en proyectos de cooperación (en el caso de países en vías de desarrollo) o simplemente comprando en mercados a

artesanos o a pequeños comercios de la zona; trate de hacer de su viaje un ejercicio de pedagogía: hable con las personas de su entorno; explíqueles los beneficios de un turismo respetuoso y sostenible.⁵⁶⁾

II.3. El paraíso atómico

Ha llegado ya el momento de visitar lugares como Vanuatu, donde el uso de la electricidad es mínimo y es común encontrar fuentes alternativas de energía amistosa, como la solar, la termal y la mini-hidrogénica. Ven a nadar por los maravillosos arrecifes de coral y entre los peces de colores que han sobrevivido a nuestros excesos.⁵⁷

En el ambiente caótico de la gran urbe contemporánea, cuyo epítome es el aeropuerto-ciudad, ha surgido una hermosa flor de vida: el encuentro más que casual entre viejos conocidos convertidos por un momento en viajeros en tránsito. “¿Sabes con quién me acabo de encontrar hace un momento por la calle? No te lo vas a creer.” Con un famoso de la tele (deportista, ministro, actriz) o, mucho mejor, con alguien que hace mucho tiempo que no veías, un antiguo novio, un compañero de colegio, tu prima, que pasaba por allí al mismo tiempo que tú. Los dos estabais en movimiento, habíais salido de casa y os encontrasteis *al pasar*. «Por azar, la más vieja grandeza del mundo» (Federico Nietzsche). Os habéis visto y habéis parado a charlar un ratito. Os habéis puesto al día. Os pasáis los teléfonos y luego os despedís. Qué haces ahora. Qué ha sido de ti durante todos estos años. ¿Vienes ahora mucho por aquí? Te dejo que tengo prisa. Y yo, y yo. A ver si volvemos a vernos. A ver si quedamos. Nos llamamos. Te llamo. Ha sido una suerte, seguro que volvemos a vernos. Pero ya no volvimos a encontrarnos nunca.

En el registro histórico de la deriva biocultural hay un fenómeno que guarda una curioso parecido de familia con el encuentro casual entre urbanitas que licua fiduciariamente las redes clánicas y familiares, minando progresivamente su rusticismo resilente, minoritario y racista.⁵⁸ Entre sociedades o pueblos aislados durante largo tiempo se ha dado históricamente una variante especial del choque aleatorio de agendas culturales que me gustaría llamar aquí, siguiendo el modelo clásico que trazan las impresiones sobre la marcha escritas por Colón durante su primer viaje, *la sorpresa esperada de una visita equivocada*.⁵⁹ El contacto cultural se da entre representantes singulares de dos grupos de gentes perpetuamente en movimiento, si bien siempre hay unos que caminan más deprisa y otros que lo hacen más despacio. Estas gentes se habían encontrado ya una vez, al menos una vez, y estuvieron juntas el tiempo suficiente para reconocerse. Separadas luego, hace ya mucho tiempo que no se han vuelto a ver. Casi una eternidad. (Según los penúltimos cálculos realizados por expertos conocedores del implacable

mecanismo geológico de la tectónica de placas, la lenta deriva de las masas continentales habría comenzado a separar las actuales tierras lejanas de África y Suramérica hace 60 millones de años. El subcontinente indio se unió al asiático hace 45 millones de años, África y Eurasia entraron en contacto hace 18 y las dos Américas se unieron hace 3. El continente austral, por su parte, se habría desprendido del Viejo Mundo más de 50 millones de años atrás.⁶⁰) Las personas que un buen día se encuentran por casualidad en alta mar o junto a la línea de costa ya no se conocen personalmente entre sí pero alcanzan a reconocerse de un modo que podríamos llamar *transpersonal*. También en el olvido se hace vecindad.

Gentes que habían crecido juntas en la infancia de la historia han vuelto hoy a visitarse desprovistas de recuerdos escritos (los unos) y orales (los otros). Los segundos creen entonces haber descubierto la mítica tribu perdida. Los primeros se imaginan que asisten a la segunda venida de sus dioses-ancestros. «Y lo más cierto era, según entendimos, que les habían dicho sus antepasados que habían de venir gentes de hacia donde sale el sol, con barbas, que los habían de señorear»⁶¹: en 1519, a escasos treinta años del recibimiento mesiánico a Colón por parte de los indios caribes, también los ancestros oraculares mejicanos del gran templo de Tenochtitlán, con el emperador y sumo sacerdote azteca Moctezuma a la cabeza, creyeron, presas del pánico ante el avance implacable de los caballos y cañones de las tropas mandadas por el extremeño Hernán Cortés, que el jefe de los demonios (*teules*) españoles, El Malinche, encarnaba el regreso justiciero de la divinidad tolteca Quetzalcoatl-Kukulkán, la serpiente emplumada de la revelación.

Los unos, viajeros en tránsito, dicen haber encontrado el lugar fantástico de donde dicen los antiguos que es el oro, el mítico Cipango, el Japón, que queda justamente donde están hoy... las Bahamas. (Guanahani, la primera isla descubierta por la expedición española a la que Colón bautizó el 12 de octubre de 1492 como San Salvador se llama hoy Watlings Island y pertenece al archipiélago de las Bahamas.) Los otros, últimos entre los últimos hombres, creen haber visto al hijo de Dios dentro de una pecera que está dentro de una pecera, la escafandra higiénica, parasitaria, lúbrica y belicosa del astronauta católico. «¿Aonde es el oro de Cipango?», preguntaba sin cesar Colón a sus extraviados anfitriones taínos a quienes creía vecinos de los japoneses.

De la afición, que tan magníficamente decimonónica nos parece hoy, del profeta mormón Joseph Smith –suerte de reencarnación del árabe Mahoma en suelo americano–, por las lecturas cruzadas de las leyendas bíblicas y los mitos de los indios de Norteamérica, nació la invención teológica genial que “selló” el destino escatológico de los apaches y los sioux de las películas del Oeste, los indios masacrados por los yanquis y los confederados, como descendientes de una de las tribus perdidas del Antiguo Israel.⁶² Que los ancestros indígenas de los actuales habitantes de EE.UU. forman parte del pueblo elegido es hoy dogma de fe para los Santos de los Últimos Días.

* * *

Sea la obra audiovisual promocional *Islas del Pacífico: Fidji, Vanuatu, Islas Salomon*, editada originalmente en formato VHS en 1996 por Pilot Guides[©], una división de la empresa multinacional Lonely Planet Limited. Dentro del episodio correspondiente a Tanna, este vídeo promocional salido de la factoría audiovisual de la agencia de viajes intraplanetaria número uno del siglo XXI⁶³, incluye cierta secuencia breve –de poco más de minuto y medio de duración– donde se glosa en imágenes y sonido el que parece ser el principal (ya que no el único) atractivo turístico de las gentes de una comarca denominada Sulphur Bay (la Bahía del Azufre). Transcribo a continuación el sonido del doblaje castellano del parlamento inglés que acompañaba originalmente, explicándola, la secuencia en la que el narrador del documental publicitario, el chavalito-actor-excursionista británico Ian Wright, visita el santuario de John Frum o Jon Fron, el dios local.

g15. La secta de John Frum según Lonely Planet Ltd.

«En el centro de Tanna se yergue el enorme volcán Yasur, aún en actividad. Estés donde estés, tus ropas y tu piel acabarán negras a causa de la ceniza en suspensión.



A la sombra del volcán yace la Bahía del Azufre donde habita la secta de John Frum.



Esta secta surgió en 1940, cuando un grupo de bebedores de kava vieron emerger del mar un espíritu que les prometió grandes riquezas si ayudaban a propagar el cristianismo.



Un año más tarde, las tropas norteamericanas desembarcaron en la isla cargadas de armas, cigarrillos y Coca-Cola, lo que sirvió para confirmar la profecía.



Aún siguen esperando la segunda llegada de John Frum.



Mi guía se llama Willy y su abuelo fue uno de los que vio la visión de John Frum. Él me cantó uno de los himnos del poblado.»



Su mirada pícara extraviándose en melancólica, Willy entona entonces, *a capella*, en primer plano ante el micrófono de Lonely Planet Ltd., junto a un altar de John presidido por el emblema sanitario de la cruz roja que estas gentes han adoptado como símbolo sagrado... una canción preciosa. La lengua en la que canta debe ser la clásica mezcla *pidgin* de vocabulario inglés y gramática melanesia, aderezada con secuencias de palabras crípticas y sinsentidos que, según consta en los registros académicos de esta actividad, pueden tener su origen en revelaciones oníricas y para cuya comprensión, en todo caso, sería necesario seguir ciertas enseñanzas litúrgicas de los jefes visionarios de la secta. Tradicionalmente, los líderes de los movimientos *Cargo* de la Melanesia recibían sus revelaciones espirituales en sueños, oráculo nocturno que complementaban con lecturas esotéricas (esto es, irrelevantes, extemporáneas e irreverentes, muy suyas) de libritos y panfletos distribuidos por las misiones cristianas.

Durante la guerra del Pacífico, capítulo mayor de la Segunda Guerra Mundial, los mensajes del más allá comenzaron a llegar a las solitarias islas de los Mares del Sur a través de las ondas hertzianas. En su influyente estudio antropológico sobre esta clase de nuevos movimientos religiosos, el profesor británico Peter Worsley reproduce y glosa extractos del informe policial de una de esas desternillantes sesiones de comunicación radiofónica con el más allá (Jesucristo, en este caso). Se trata de un ‘incidente’ registrado en 1943 por mandos de la autoridad militar australiana durante

una visita de inspección a la zona del valle de Markhan, en las montañas de la costa este de la Nueva Guinea australiana. «Ya en 1943 los oficiales de ANGAU [*Australian New Guinea Administrative Unit*, la oficina administrativa del gobierno colonial australiano] informaron de la existencia de actividades ‘cargo’ en las zonas cercanas al valle de Markhan, en las Montañas orientales. Encontraron allí grandes ‘casas de radio’ en las que se habían colocado cilindros de bambú con ‘alambres’ que iban de estos cilindros a un ‘aislador’ de bambú que se encontraba en el tejado, y de ahí a una ‘antena’ de cuerda tendida entre dos palos. La patrulla sospechó que hubiera japoneses; permanecieron ocultos hasta la mañana siguiente, en la que vieron cómo los aldeanos se reunían fuera de sus casas para hacer la instrucción con cañas en vez de rifles. Dos nativos a los que capturaron les explicaron que todos los nativos de Markham, que les habían hablado de la inminente llegada de Jesús, habían comenzado el culto. La radio les daría por adelantado la noticia de la llegada. Entonces se repartirían rifles y los nativos, preparados ya, expulsarían a los blancos. Se descubrieron varias ‘casas de radio’ que fueron destruidas. En el centro de las casas había palos con peldaños a los que bajaría Jesús, o por donde los nativos subirían hasta Jesús; los nativos también estaban equipados con ‘linternas eléctricas’ de caña para verle.»⁶⁴ Bueno ¿eh?, pues ahora viene lo mejor: «El funcionario que se ocupó de este movimiento dijo a los nativos que “Jesús notificaría su llegada al ‘Gobernador’ en primer lugar... aunque faltaban muchos años para que ocurriera eso; pero que si esto ocurría, las noticias de su llegada procederían del Gobernador y sólo de él”.»

De modo que, además de en sueños y entre líneas en folletos de propaganda religiosa y bélica, los primeros signos enviados por Jon Fron tras su marcha se recibieron a través de receptores de radio, antenas de bambú y teléfonos rituales hechos con campanillas –flores– de datura. Las revelaciones de Jon Fron incluyen asimismo canciones originales, como la que interpreta Willy en el vídeo de Lonely Planet, el sentido de cuya extraña letra se enseña a los fieles junto con la armónica cadencia de su melodía para ser cantadas a coro y preferiblemente acompañadas de danza a compás en celebraciones rituales que suelen tener lugar la noche de los viernes.⁶⁵ Hay algo que me conmueve en el aire tristón de la armonía de esos himnos, reminiscente, según dicen, de sus raíces presbiterianas, y que han pasado entre las generaciones a pesar de contener palabras totalmente desconocidas para quienes los cantan. «Cuando el sol se oculta y los hombres han bebido su kava, la parroquia se congrega alrededor de una choza abierta en

la explanada ceremonial. La luz de las lámparas de keroseno centellea sobre sus rostros mientras tañen guitarras y una especie de ukelele casero, cantan himnos sobre las profecías de John Frum y las luchas de los mártires de la secta. Muchos de estos himnos repiten la misma oración: “Te estamos esperando en nuestra aldea, John. ¿Cuándo vas a volver con todo el *cargo* que nos prometiste?”. Tejido entre las voces perfectamente armónicas de los cantantes puede apreciarse el agudo lamento melanesio que adereza cada himno con un punto de anhelo.»⁶⁶ Alcanzo a entender la letra de la primera estrofa: *In nineteen forty one / there came a ¿man?...* (En mil novecientos cuarenta y uno / se apareció un ¿hombre?...). No entiendo muy bien la última palabra. Mas la voz de Willy es muy dulce y la melodía que canta parece una jota venida de la época anterior al imperio español. Como el olor risueño y tímido de la esperanza vindicada a través de los siglos. «Un viento triunfalista e histórico, animado por el vino, la cerveza, los refrescos con y sin burbujas, los bocadillos y los pinchos de tortilla, se llevó el polvo que durante decenas había mantenido a todos de espaldas a su propio pueblo, de espaldas unos con otros, siempre los ojos puestos en la capital, en el Real Madrid, en la Costa del Sol y otras emigraciones, en Televisión Española y perros atados con unas u otras longanizas.»⁶⁷ Traídos por este viento de tierra me asaltan ahora recuerdos abstractos imposiblemente vívidos de siestas de verano infantiles junto al Mar Menor.

II.4. Turista espacial

En la actualidad la palabra "extraterrestre" resume en última instancia innumerables imágenes de vida aún desconocida y ha reemplazado el otrora sugestivo término de "exótico", que atraía a los viajeros a islas sin nombre y junglas remotas.⁶⁸

Mientras el grifo de energía abierto por los señores de la guerra comenzaba a gotear su *cargo* de visitantes extranjeros sobre las islas perdidas de los Mares del Sur, al otro lado del Océano Pacífico, en la costa californiana, son los días del láser en la jungla. Los adeptos de la secta antropoteosófica de la Hermandad del Sol (*Brotherhood of Sun*), también conocida como *Sunburst* (estallido solar) son una opulenta comunidad contracultural de agricultores biológicos fundada a mediados de los años 1970 por un discípulo americano del gurú hindú Paramahansa Yogananda de nombre Norman Paulsen. Los Sunburst están esperando la llegada a su sede central, un extenso rancho en una de las zonas más caras del próspero condado de Santa Bárbara, de naves espaciales enviadas desde algún rincón del universo.⁶⁹

En un interesante ensayo publicado en 1969, un agudo biólogo molecular y filósofo de la ciencia que profesaba en la Universidad de Berkeley durante la explosión del movimiento *hippie*, observaba que la contracultura californiana parecía estar históricamente orientada a navegar la ruta inversa del *cargo*: un 'trip' alternativo desde las megalópolis americanas industrialmente polutas a la búsqueda de los paraísos naturales inmaculados de las islas de los Mares del Sur.⁷⁰ Por su parte, el escritor Tom Wolfe, en su extenso reportaje novelado sobre los *Merry Pranksters*, la banda de *frikis* californianos que, liderada por el escritor Ken Kesey (el autor de la novela *Alguien voló sobre el nido del cuco*), atravesó EE.UU. de costa a costa a principios de los 1960 a bordo de un autobús escolar convertido en carpa de circo tecnológico adaptada para la celebración de festivales paganos de comunión lisérgica, apunta cómo los colgados de la LSD y, a su vera, la nueva bohemia *hippie* que hizo su estreno mundial durante el 'Verano del amor' de 1967, comenzaron a compartir cierta vivencia mística característica, la «*experiencia* de Otro mundo, de un nivel superior de realidad» con diversos fieles más o menos excéntricos de credos religiosos ya consolidados (hinduistas, budistas, cristianos) así como con «los adeptos de nuevas religiones, teósofos y adoradores de los platillos volantes»⁷¹).

Los *ovnis* deberán venir pilotados por seres extraterrestres descendientes de aquellos antepasados que plantaron las semillas de la vida en el planeta Tierra hace billones de años. O bien por los ancestros mismos, crionizados en el espacio-tiempo. Y dentro de las naves galácticas viajará de vuelta al planeta paleta el *Cargo* de unos conocimientos científicos y tecnológicos más avanzados, las máquinas técnicas supremas y definitivas que los antepasados habrían de otorgar a sus fieles californianos en recompensa por su fidelidad y su pureza.

Gracias-gracias a esta tecnología gratuita de poderes infinitos podréis viajar, como nosotros, a planetas de otras galaxias y urbanizar miles de millones de kilómetros luz de vacaciones. Abajo de la ladera de los montes medicina, a la orilla del océano de todas las almas, erigiréis en nuestro honor un balneario de gases cerámicos coronado por dos antenas gemelas orientadas hacia el vientre del cuerpo de la noche. (Los kanakos de Nueva Caledonia estudiados por Leenhardt a principios del siglo XX llamaban a la Vía Láctea “el cuerpo de la noche” (*Karo boe*) y también “el esqueleto del cielo”⁷².) El parpadeo de vuestros cuernos de oro sondeará el éter con la señal inequívoca de nuestra equivocada alianza: una baliza parabólica –la enseña del regimiento de Georgia: barras y estrellas yanquis sobre fondo amarillo sudista– pintada en el techo cónico de una choza de bambú señala el lugar exacto de una explanada rectangular que sirve de campo de desfiles y pista de aterrizaje.

Bajo la marca comercial Sunburst la rama granjera de la comuna neo primitiva fundada por Paulsen fue pionera en la explotación (*burst*) de productos de agricultura biológica a principios de los 1970. Con el tiempo la secta llegó a disfrutar de un rentable monopolio de ‘calidad espiritual’ en el insurgente mercado californiano de las tiendas de alimentos orgánicos. «Aunque Yogananda encarecía a sus seguidores para que se atrevieran a “vivir con sencillez y pensar con altura”, es muy probable que sus famosos ojos marrones de mirada suave hubiesen traicionado un gesto de sorpresa si se hubiese enterado de la enorme expansión alcanzada por la cadena de supermercados y almacenes de la Hermandad del Sol en la zona de Santa Bárbara a finales de los setenta.»⁷³ Con el complemento ideal de un exitoso manual de cocina naturista editado por los fieles, los zumos y frutos secos Sunburst saltaron desde California a los circuitos de distribución nacional americana y acabaron en los estantes de las primeras cadenas

internacionales de tiendas de productos ecológicos. Los beneficios de la cadena de almacenes ‘verdes’ de Sunburst permitieron a Paulsen y los suyos adquirir al contado en 1976 una magnífica granja de 4.000 acres de extensión de nombre Tajiguas. (El ‘ranchito’ vendría a tener unas 1.600 hectáreas de superficie que, en kilómetros cuadrados, hacen 160, más o menos ¡40 kilómetros de linde! Pero queda muy lejos aún de los 312.000 acres del Deseret Ranch, la “finquita” que posee la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días cerca de Orlando, en Florida, considerada la mayor explotación ganadera existente en los Estados Unidos⁷⁴). La granja de la Hermandad del Sol lindaba con el rancho (de ‘sólo’ 500 acres) propiedad del actor de Hollywood Ronald Reagan, que era por entonces gobernador del Estado de California y muy pronto sería elegido presidente de los EE.UU., al tiempo que la enorme mansión de estilo colonial español sita en el centro de la granja, que en su momento aún resultó ser demasiado cara para los hermanos, fue comprada posteriormente por el actor John Travolta, estrella de cine y conspicuo embajador de otra nueva estrella emergente en el firmamento de las grandes sectas religiosas americanas, la Iglesia de la Cienciología. Travolta hubo de compartir con los agricultores adoradores de platillos volantes de Sunburst los derechos sobre la carretera de la finca.⁷⁵ Anecdótico. Luego simbólico: aunque, a simple vista, «difícilmente podría haber datos con menos valor», las anécdotas sirven para mostrar que nuestra comprensión ordinaria del mundo posee una capacidad superior a la hora de «abordar el estrafalario potencial de la vida social». De modo que, lo que en principio podría parecer «una amenaza para nuestra manera de dar sentido al mundo» acaba resultando «una defensa de aquél ingeniosamente seleccionada.» Cuando nos contamos estas historias lo que hacemos en realidad es «evitar que el mundo nos perturbe.»⁷⁶

Por cierto que, por todos los datos ofrecidos hasta el momento (secta religiosa, vida en comuna, agricultura biológica, culto a los extraterrestres... estadounidenses...) debería ser ya aparente que los Hermanos del Sol tienen una pinta un pelín peligrosa ¿no? En 1980, tras publicarse en la prensa del área de Santa Bárbara y San Francisco unas supuestas revelaciones que acusaban a Paulsen y sus adeptos de haber almacenado un pequeño arsenal de rifles y munición en otra granja de su propiedad sita en el Parque Nacional californiano de Los Padres, los periódicos nacionales comenzaron a acusar a los miembros de la organización de Paulsen de ser un ejército de chalados

findemundistas militaroides atrincherándose en espera del Armageddon final –la batalla apocalíptica entre los hijos de la luz y los de las tinieblas–. De modo que una comisión de expertos del Departamento de Estado de los EE.UU. clasificó a los Sunburst como «una de las sectas más peligrosas del mundo.»⁷⁷ Aún así creo que nos merecerá la pena echarle una mínima ojeada a su extravagante teología *new age*, que también tiene su aquél. Paulsen habla en sus libros de ciertas “tribus perdidas del pueblo elegido” que se habrían mudado en la noche de los tiempos –el famoso ‘año de la pera’ que aquí cae, dicen, alrededor del año 12.000 a.C.– desde el Sinaí a un continente secreto. Esta tierra inmensa, la *pachamama* de los aborígenes australes, conocida entre los iniciados como Mu, estaría hoy parcialmente sumergida en el Océano Pacífico, de cuyas aguas, a parte de millones de islotes diminutos, sólo sobresalen ahora dos antiguas provincias reconocibles de la arquetípica tierra madre transpacífica: la gigantesca masa de Australia y la imponente isla de Nueva Guinea.⁷⁸ Mu es, por más señas, la tierra prometida de los adoradores de ovnis californianos, un país mítico y gigantesco que abarca desde Nueva York hasta Perth, con epicentro en Los Ángeles y San Francisco y millones de deliciosos *holydays resorts* isleños a tiro de piedra de los flamantes aeródromos de Honolulu, Hanga Roa, Apia, Pago-Pago, Papeete, Suva y Port Vila.

Esta mitología *pacífica* tan aparentemente original, abunda en realidad en ecos antropológicos de religiones tribales, cargoístas por más señas, autóctonas de los pueblos aborígenes indonesios, melanesios, polinesios y micronesios. Pero además algunos especialistas académicos han detectado un aire de familia entre el credo y la organización de nuestra secta ovni bioagrícola y los de la más venerable iglesia-pueblo de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Como no podía ser menos por otra parte. En efecto, los Hermanos del Sol constituyen una especie de “escisión acuariana” –nacida de la Era de Acuario: la edad dorada del movimiento hippie– de los mormones viajeros que se levantaron un día allá por 1830 en el noroeste extremo del estado de Nueva York para iniciar la larga y trágica marcha peregrina que acabó felizmente –bien que de manera provisional si hemos de atender a las enseñanzas de su aún breve historia– en Salt Lake City, capital del Estado de Utah, donde el profeta refundador Brigham Young imaginó el tabernáculo de la tribu perdida.

(Fuera de territorio estadounidense, las islas del Pacífico Sur son sin duda la más antigua y exitosa tierra de promisión para la iglesia de Jesucristo de los Santos de los

Últimos Días. Los mormones comenzaron inmediatamente a predicar en Hawai y Samoa y construyeron sus primeras misiones en el último tercio del siglo XIX. En la crónica de un viaje realizado durante 1888-1889 por diversos archipiélagos polinesios, Robert Louis Stevenson menciona ya la presencia de fieles mormones «de la siembra temprana» en las islas Tuamotu. «El elemento misterioso es la atracción principal de la iglesia mormona», reflexionaba el escritor escocés, que trae en su cargamento «algunas de las situaciones de la francmasonería de mi patria y ofrece al converso algo de ese regocijo propio de la aventura. Ciertamente están asociados otros atractivos. El perpetuo rebautismo, con la sucesión de fiestas bautismales es, tanto por el lado social como por el espiritual, un rasgo encantador. Más importante es el hecho de que todos los fieles pueden officiar el culto; quizá más importante aún, el rigor de la disciplina. “La prohibición de bebidas alcohólicas”, dijo Mr. Magee, “les atrae muchos miembros”.»⁷⁹ En la actualidad se estima en más de 200.000 el número de fieles mormones en la Melanesia, la Micronesia y la Polinesia, siendo los archipiélagos de Tonga [40%], Samoa Occidental [25] y Kiribati [7.1] aquellos de mayor penetración. Por comparación, se estima que el número de personas de confesión mormona es alrededor del 2% de la población total de EE.UU.⁸⁰ Al comienzo de este nuevo siglo la oferta de lecciones gratuitas de inglés, el lenguaje de los negocios internacionales, es el cebo publicitario predilecto de las misiones mormonas en países no angloparlantes.)

* * *

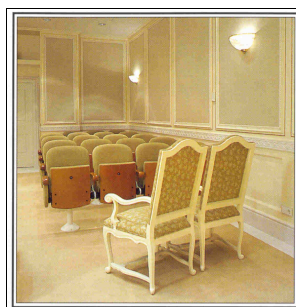
A bote pronto puede definirse a los mormones como un cruce de liberalismo masónico *cum* marxismo ladrillismo –que diríamos en Madrid– («La iglesia mormona se halla [en 1999] en una fiebre constructora de proporciones históricas, como parte de un intento de ponerse al día con el explosivo crecimiento global de su feligresía. En la actualidad se están construyendo 350 centros de reunión o capillas cada año y existen más de cien templos operativos, en construcción o en proyecto»⁸¹) y de ética económica única y distintivamente estadounidense –de hecho, la única con la que es posible hacer y amasar fortuna religiosa en la post cristiana América. Un eximio matón de la crítica literaria de textos sagrados y no tan sagrados de las religiones americanas afirma que «el gnosticismo de [Joseph] Smith invierte la antigua variante y celebra lo que McMurrin describe como un Dios trabajador [constructor o artesano], modelo adecuado para los mormones quienes, desde sus inicios hasta la actualidad, han sido tal vez el pueblo más

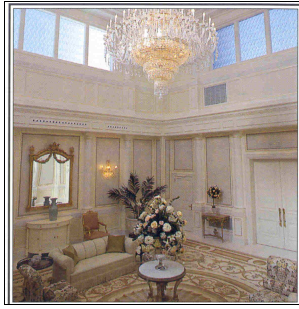
industrioso del continente.»⁸² El impacto inmobiliario de la teología mormona ha alcanzado ya el paroxismo brutalista en las islas Hawai, donde bajo el paraguas empresarial de Hawaii Reserves Inc., los mormones gestionan una ingente cantidad de proyectos extensivos de desarrollo turístico-inmobiliario –incluido un gigantesco parque temático, el Polynesian Cultural Center, a cincuenta kilómetros de Waikiki– con notable impacto en la economía global de todo el archipiélago.⁸³ (La isla de Hawai, cuyo precoz activismo antiglobalización acuñó, a fines de los años 1960, el famoso eslogan *No hay nada aquí que usted no pueda comprar por menos dinero en su lugar de origen*⁸⁴ es conocida también por ecólogos y científicos medioambientales como “la capital mundial de las extinciones”: uno de los lugares del planeta donde «la devastación biológica alcanza mayor intensidad.»⁸⁵) Sabemos también, sobre todo, que es a la primera generación –de la era moderna, se supone– de líderes espirituales del pueblo mormón a quienes puede considerarse la verdadera matriz histórico-ideológica de la religión ovni estadounidense. De paso, como se verá, Joseph Smith (Palmyra, Nueva York, 1806 - Cartago, Illinois, 1844), el profeta fundacional mormón originario del condado neoyorquino de Rochester, donde fue visitado por el ángel Moroni interpretando a la trompeta el himno milenarista del juicio final, es también el *creador* –bueno, el organizador («El Dios mormón puede organizar pero no puede crear»⁸⁶)– de uno de los guiones novelescos con mayor fortuna editorial de todos cuantos forman el dominio público de la literatura occidental contemporánea: la mitología de los ‘astronautas antiguos’.

Un curioso descubrimiento de la rememoración personal hace aquí al caso. Fines del verano de 2006, hojeando un folleto informativo desplegable que me ofrecieron en la recepción del Templo de Madrid de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. (La hoja de portada del folleto está presidida por una fotografía en color de la fachada principal del templo sobre la cual, en grandes letras de imprenta se lee “Templo de Madrid España”. Al pie de la foto se dice, en letras más pequeñas, “¡Bienvenidos!”, y más abajo, en letra aún más pequeña se lee: “Esperamos que encuentren paz e inspiración durante su visita a este lugar.” En la última hoja del folleto, abajo del todo, viene la información legal del copyright: “© 1999 por la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Todos los derechos reservados. Impreso en España. Aprobación del Inglés: 03/97. Aprobación de la traducción 03/97. 99185002.” ¡Qué

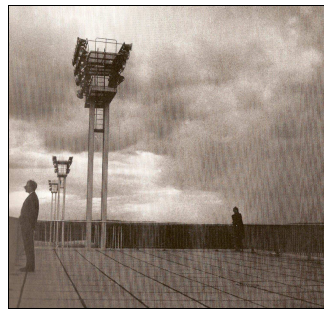
escritura sagrada tan genuinamente norteamericana, vive Dios!) El folleto, dirigido exclusivamente a los fieles aunque el curioso no mormón también se puede llevar uno si se las ingenia, viene ilustrado con varias fotografías en color de las salas interiores más significativas del gran Templo Mormón de Moratalaz: la Sala de Novias, la Sala de Vestiduras, la Sala de Sellamientos, la Sala Celestial, la Sala de Espera. La visión de la decoración neoclásico-rococó de estas habitaciones –la forma de las sillas, su madera blanquísima y el tapizado de sus respaldos y asientos con un estampado de motivos florales levísimos, las mesas semicirculares nacaradas, los grandes espejos y el oropel de sus marcos, los suaves colores de los sillones esponjosos, los centros de flores gélidas en jarroncillos de cristal, las alfombras de despacho, las lámparas de araña...– me trae al momento a la memoria la decoración del cuarto donde el astronauta Bowman de *2001, Una odisea en el espacio*, experimenta la metamorfosis de su desdoblamiento en anciano tembloroso antes de reencarnarse en feto biocósmico próximamente en sus pantallas. De hecho me parece hipotéticamente plausible que el director y el escenógrafo del filme se pusieran de acuerdo para identificar la estética de ciencia ficción de una habitación presuntamente localizada más allá del tiempo y el espacio finitos con la decoración de las salas de los grandes templos mormones americanos de los años 50 del pasado siglo, gloria del diseño neo religioso. La visión onírica de la ‘Sala de espera de más allá del infinito’ tiene, sin embargo, muchas formas posibles. Unos años antes de Kubrick la antesala mística había sido fotografiada por el video artista Chris Marker como la ominosa terminal de embarque aeroportuaria de su filme *La jetée* (1962).⁸⁷

g16. Templo Mormón de Madrid: Salas de Sellamientos, Vestiduras, Novias, Celestial y de Espera



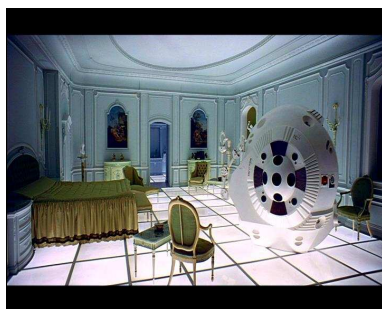


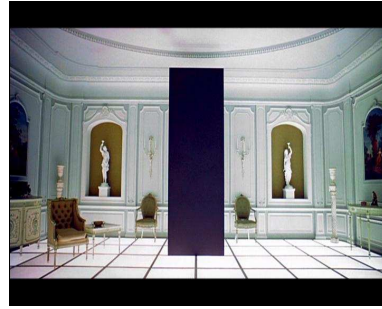
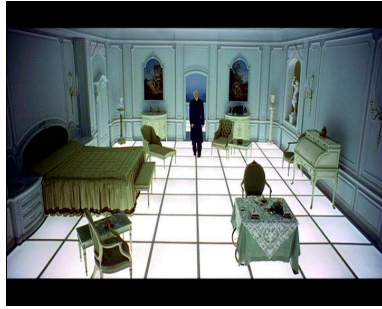
g17. La terminal de embarque ominosa



[Fotogramas de *La Jetée* (Marker, 1962)]

g18. Sala de espera de más allá del infinito





[Fotogramas del filme 2001, *Una odisea espacial* (Kubrick, 1967)]

Los relatos recogidos por el psiquiatra John E. Mack en un estudio ya clásico sobre las experiencias de personas que declaran haber sido abducidos por extraterrestres, incluyen descripciones detalladas del interior de las naves extraterrestres.⁸⁸ Iluminación blanca indirecta pero muy brillante y sin embargo fría y como ‘brumosa’; paredes, techos y suelos curvos e inmaculados (aunque a veces los suelos son completamente negros); sillas minimalistas, mesas volátiles: la atmósfera a la vez dura y blanda que crean los diferentes elementos arquitectónicos y decorativos que conforman esta suerte de habitaciones de hospital móvil alienígena es consistente con la estética característicamente “estéril” de los decorados de ciencia-ficción cinematográfica. Como las salas del templo mormónico, son espacios que semejan el decorado de un *tanatorio*.

* * *

Algunos años después de la publicación, en 1830, del Libro de Mormón (más adelante les contaré un poco sobre la historia de este libro), que registraba el trato antiguo del Dios de Israel con los aborígenes precolombinos de las Américas, el profeta Joseph Smith «alcanzó a poseer», como dicen elegantemente los cronistas mormones (al parecer lo adquirió de unos buhoneros junto con una par de momias de pega), un cierto papiro escrito en “egipcio arcaico” que declaró luego haber traducido bajo inspiración divina. La traducción –inglesa– de Smith se plasmó en dos nuevos volúmenes de escritura sagrada, Libro de Abraham y Libro de Moisés, que se recogen ahora en *La perla de gran precio*, tercer pilar de escritura sagrada de los Santos de los Últimos Días tras el *Libro de Mormón* y la *Doctrina y pactos*. Es el libro mormón de Moisés el que contiene la versión original extendida del texto del Génesis en la que se promete a América la gloria final. En el libro hebreo original (bueno, original-original, lo que se

dice original..., pero vamos) del Génesis se cuenta la historia de Enoc, el señor que hace la séptima de las generaciones que descienden por línea directa de Adán, de quien se dice por escrito que «caminó con Dios y luego ya no fue más, pues Dios se lo llevó» (Gen. 5:24). No sabemos, leyendo lo que sigue en el capítulo primero y más sagrado de la Torá, qué más fue de él, simplemente “Dios se lo llevó”. Pero allí donde el Antiguo Testamento ya no dice más, el Libro de Moisés de Smith añade un montón de cosas nuevas. Los capítulos 6 y 7 del libro mormón de Moisés cuentan, en efecto, la vida de Enoc.

Parece también claro en Smith el contacto con y la influencia del llamado ‘Misticismo de Metatrón’, la más importante desviación esotérica de la corriente principal de la mística de la Merkabá [siglos I a.C. - X d.C.], la más primitiva aliteración mágica de las escrituras sagradas del pueblo judío.⁸⁹ La sombra de este sincretismo metafísico, convertido ya en algo así como una tradición hermética nacional, continuaba planeando ominosamente sobre la vida pública estadounidense a principios del siglo XXI. La suerte de “metafísica geoestratégica post mormónica” articulada por los exégetas más radicales de la corriente de pensamiento neo conservador –cuyos orígenes se asocian con los nombres de intelectuales como Alan Bloom, Albert Wholsletter o el maestro de ambos, Leo Strauss, refugiado alemán de origen judío y antiguo estudiante a su vez del jurista filonazi Carl Schmitt que ejerció su influyente magisterio filosófico-político en la Universidad de Chicago tras la Segunda Guerra Mundial– proporcionó la excusa necesaria para justificar militarmente la decisión –cuya verdadera razón de ser era la sed petrolífera de la nación americana– del gobierno de George W. Bush de invadir Irak en el año 2003.⁹⁰ Fue, en efecto, este antiguo método crítico-paranoide de ascendencia esotérica –transfigurado para la ocasión en fundamento precognitivo de la ‘posición hermenéutica’ en la controversia sobre la eficiencia diferencial de los distintos procedimientos de obtención de información empleados por los servicios de espionaje– el instrumento clave del que se sirvió la facción imperialista provisionalmente hegemónica dentro de la inteligencia exterior estadounidense para fabricar la evidencia fantasma de las armas de destrucción masiva (nucleares, químicas o biológicas) en posesión del régimen dictatorial de Sadam Hussein.

Según el profeta Smith, Enoc recibió una revelación divina sobre la historia de la Tierra, que incluía la futura venida de Cristo y la redención de los pecados. Enoc predicó su

evangelio entre las naciones, llamando a las gentes al arrepentimiento, y construyó en su tiempo una ciudad a la que bautizó «La Ciudad de lo Sagrado, y aún Sión». Éste fue el lugar donde florecieron las verdaderas semillas del primer hombre, Adán, y desde allí los Santos de los Últimos Días han de esperar su vuelta. (Precisamente, la superación de Cristo en el culto a Adán, entendido como anhelo milenarista de retorno a un primitivismo sensualista e impecablemente amoral, es uno de los temas distintivos de las llamadas ‘herejías libertino espiritualistas’ que proliferaron dentro de la cristiandad europea durante el medievo. Algunos de aquellos *prophetae* –los líderes carismáticos de los movimientos ‘místico anarquistas’– llegaban a presentarse a sus fieles como un ‘Segundo Adán’.⁹¹) Cuando todos los habitantes de la ciudad de Sión «llegaron a ser justos» decidió Dios bendecir a esas gentes de una manera muy especial. Llevando hasta sus últimas consecuencias el relato del Génesis, que dice sólo que a Enoc se lo llevó Dios, el libro mormón de Moisés afirma que la entera ciudad de Enoc fue sustraída por Dios de la faz de la tierra. «Y Enoc y toda su gente caminaron con Dios, y Él habitó en medio de Sión; y pasó luego que Sión ya no estuvo más, pues Dios la acogió en su seno; y desde entonces dice el dicho que ‘Sión ha volado.’» La ciudad al completo, incluyendo casas, granjas, campos, ganado y personas, fue “trasladada”, abducida de la superficie del planeta Tierra.⁹² Ejerciendo el poder ritual más pura y estrictamente sacerdotal, el de la *traslación* (la expresión inglesa *translation* significa a la vez traslación y traducción), Enoc/Metrón/Smith fue capaz de transformarse a sí mismo, a su tribu y a su ciudad para alcanzar la experiencia extática de elevarse por encima de la superficie terrestre y adentrarse a través del espacio interplanetario. Creen los exégetas mormones contemporáneos que éste más extraordinario de los sucesos de la historia terrestre debió ocurrir allá cuando la civilización sumeria comenzaba a resplandecer en la vega baja del valle entre los ríos Tigris y Eufrates, en lo que hoy es Irak. El mismo período (entre el 3.200 y el 2.700 antes de Cristo) que abarcan las primeras dos dinastías del antiguo Egipto. Enoc y los suyos se convirtieron así en mensajeros de Dios.

Enoc y sus mercuriales ‘ángeles tecnológicos’ (Jung)⁹³ ocupan desde entonces los ministerios «correspondientes» (Transportes y Comunicaciones, Información y Turismo) dentro del gobierno real, divino y universal, que rige inmemorial sobre las poblaciones de otros planetas y lejanas galaxias, “cuerpos terrestres celestes” todos. (Según otros, los mensajeros celestiales han descendido ya al nivel de las anti-ciudades

aeroportuarias transubstanciados como pasajeros, azafatas, pilotos, controladores, personal de mantenimiento, mozos de maletas, conductores, equipos médicos, vigilantes jurados, vendedores, encuestadores, guías, enlaces, intermediarios transmisores de toda suerte y naturaleza (vientos, corrientes, turbulencias, chorros, erupciones, ondas y flujos) que conectan cada singularidad local con la globalidad planetaria.⁹⁴) Cuando llegue la hora última del último día, cuando se inicie la fase final de la edad presente, la “porción removida” de nuestro planeta, con Enoc de nuevo al frente de los suyos, regresará a su hogar –América, que Dios la bendiga– tras un largo viaje interestelar, volviendo a entrar en la órbita terrestre y aterrizando en el lugar exacto que ocupara en la antigüedad. O bien sus primos de aquí, o sea de Salt Lake City, ya habrán conseguido urbanizar el terreno que quedó baldío tras la abducción para construirles una embajada de recepción a sus señorías, los hacedores cinético-cinemáticos de la riqueza fantasma.

El *lobby* mormón de la NASA ya ha empezado por si las moscas a tomar cartas en el asunto de ponerse a buscar, pero ya, por el espacio interestelar, a los habitantes de la ciudad perdida de Sión, primitos venidos a más durante el extravío. «James Fletcher, que fue administrador de la NASA durante dos mandatos [elegido por primera vez en 1971], fue un miembro devoto de la iglesia de los Santos de los Últimos Días (mormones). [...] Debido a sus creencias acerca de la existencia de una pluralidad de mundos, Fletcher potenció firmemente los programas espaciales cuyo objetivo era la búsqueda de inteligencia extraterrestre, como la misión Viking a Marte y el programa SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence [Búsqueda de inteligencia extraterrestre]). (Bruce Murray, director del Laboratorio de Propulsión de Reactores de la NASA, declaró en 1979 que “la búsqueda de inteligencia extraterrestre es como la búsqueda de Dios”»⁹⁵).

* * *

Cierto que los extraterrestres han empezado ya a dar ejemplo de desarrollo turístico sobre la faz de la Tierra. (No sabemos aún si sostenible o no, y tal vez ni siquiera no nos sea posible saber esto, ni para sus cosas ni para las nuestras). Entre otros muchos proyectos de reordenación espacial a corto, medio y muy largo plazo del territorio de las zonas telúricas del planeta (el oasis del desierto, la isla del volcán⁹⁶, la falla tectónica, el

altiplano tropical, las nieves perpetuas y demás anclajes figuradamente geográficos donde atracan las naves de la fantasía ocultista y crecen las plantas más pedagógicas), los visitantes han inspirado la construcción de novedosas infraestructuras culturales como los Museos del Ovni y los Alienígenas de Roswell. Esta inhóspita localidad de 50.000 habitantes de la América profunda, en el estado de Nuevo México, ganó su fama mediática en “el temprano año de 1940” (como pasa el tiempo), cuando albergó el primer y más supuesto incidente de contacto extraterrestre: el accidente de una nave alienígena en el que, según los expertos más fieles que no son siempre los más fidedignos, murieron achicharrados más de treinta marcianicos. Según la información que amablemente nos ha ofrecido un alto historiador del arte contemporáneo⁹⁷, Roswell recibía, en los albores del siglo XXI, una media anual de 90.000 “visitantes terrícolas” –«una marea de cadetes espaciales y excéntricos *new age*» según la queja de un antiguo vecino del pueblo que se acabó mudando a otro Estado–, peregrinos en la meca yanqui de la religión ovni. En julio de 1997, los fastos de celebración del 50 aniversario del “Incidente de Roswell”, atrajeron a este villorrio a más de cuarenta mil turistas terrenales.

En agosto de ese mismo año abrió sus puertas al público el que era hasta hace poco el más grande museo ufológico abierto al público, UFOland, sito en Le Jardin du Prophète, una finca de 15.000 hectáreas propiedad del Movimiento Raeliano Internacional en Valcourt, Quebec, a dos horas en coche de Montreal. Según explicaba a los visitantes su director, Michel Beluet, en octubre de 2000, UFOland es «un centro de interpretación del fenómeno ovni y en particular del mensaje del profeta Raël... Su objetivo no es reclutar sino informar.»⁹⁸ A la entrada del museo pueden verse un modelo del ovni que Raël visitó en 1973, una réplica, “la más grande del mundo” de la estructura helicoidal del ADN cromosómico, y una maqueta a escala de la embajada de los Elohim, “nuestros padres celestiales”. Se trata de un edificio blanco con forma de anillos comunicados por largos vestíbulos que tiene sala de conferencias, cámaras de descontaminación, un hotel para los extraterrestres y un lujoso cenador para las recepciones de los alienígenas a sus invitados. (El Movimiento Raeliano Internacional solicitó formalmente, en un principio, permiso al gobierno de Israel para construir en las cercanías de Jerusalén este primer gran complejo proyectado del turismo galáctico, la Embajada de los *Elohim*, pero obtuvieron una respuesta negativa: el obispo raeliano de Israel, un judío israelí de origen marroquí de nombre Leon Mellul que se ganaba la vida

como gerente de una cadena internacional de hoteles, envió en noviembre de 1993 una carta al primer ministro, Isaac Rabin quien le contestó al mes siguiente que no le era posible acceder a la petición de concesión de tierras de los raelianos.⁹⁹ Aquel primer ministro, de nombre Isaac Rabin, fue asesinado poco después por un estudiante judeonazi. Si fuese el caso de que nadie hubiese intentado aún establecer la *raelian connection* en aquel magnicidio, seguramente pronto habrá alguien que lo haga, pues tiene la historia escrita –y más la escrita por paranoicos– algo así como una tendencia a alcanzar el máximo de la complejidad paradójica. Quiero decir: entre los miembros de la célula de extremistas ultraortodoxos que planeó el asesinato de Rabin detenidos por la policía israelí se contaba un tal David Axelrod, bisnieto del histórico dirigente revolucionario ruso Leon Trostki¹⁰⁰ que fuera también asesinado en la ciudad de México por el agente estalinista barcelonés Ramón Mercader, cuyo sobrino... Pero esa es ya otra historia.)

En el resto de las salas del museo se muestran presentaciones audiovisuales de los mensajes de Raël y diversos videos relativos a avistamientos de ovnis y teorías conspiratorias del papel de los militares en el ocultamiento de estos hechos. Otros documentos fotográficos y modelos tridimensionales tematizan el fenómeno de los grandes círculos dibujados en los campos de cultivo ingleses, la ciencia de la robótica, la estructura del ADN humano. Asimismo la teoría de los astronautas antiguos de Erich von Däniken se ilustra mediante una reconstrucción del interior de una pirámide del antiguo Egipto. En las salas finales se muestra el contenido de una célula humana aumentado doscientas mil veces, el sistema solar, un vídeo que explica el concepto de infinidad, documentos textuales y gráficos que desmontan la teoría darwinista de la evolución y otros que celebran los rápidos avances recientemente obtenidos en la ingeniería genética y las técnicas de clonación de embriones humanos.

A pesar de todo este despliegue de nuevo arte museístico, el parque temático de Raël, UFOland, hubo de cerrar sus puertas al público en 2001 por falta de visitantes. Al parecer el pazo de Valcourt queda demasiado lejos de la ciudad de Montreal, que es donde habita el grueso de la feligresía raeliana.¹⁰¹ Podría ser también –murmuran entre dientes los mayores– que los profetas *cargo* de hoy día tienen demasiada prisa. El teatrillo de los grandes negocios religiosos ni se monta de la noche a la mañana ni puede

abrir sus puertas al público al día siguiente de inaugurado. Tiene que pasar El Tiempo. Los más insignes precursores de nuestros actuales adoradores de los platillos volantes, los decimonónicos mormones americanos, tardaron más de sesenta años en normalizar turísticamente sus relaciones, que habían sido difíciles y aún trágicas en ocasiones, con los gentiles. Pero aunque hubo que esperar hasta 1902 para ver abierto el primer quiosco de información turística en la Temple Square de Salt Lake City, ese mismo año las visitas guiadas a la catedral ascendieron a 150.000. Hoy millones de turistas visitan la capital del estado de Utah atraídas por la historia y la arquitectura mormonas.¹⁰²

Ya nada nos sorprende. ¿Nada?

Considérese Rapa Nui, El Ombligo del Mundo. Sí, la Isla de Pascua, territorio de Chile, patria polinesia de los *moais*, los gigantescos torsos esculpidos alrededor del siglo VII de nuestra era e hincados como centinelas de piedra a lo largo de la costa isleña que han excitado la imaginación de tantos cazadores de extraterrestres. Unida a la severidad de la mirada y enmarcada entre las dos grandes líneas paralelas de los estiramientos de las orejas, la prominencia de los finos labios de estas esculturas produjo en sus primeros espectadores occidentales, artistas europeos de la navegación a vela (holandeses, españoles, franceses y británicos) del siglo XVIII, la impresión de una especie de gesto, algo así como una «mueca de desdén».¹⁰³ Esta presunta expresión de desprecio concede al pétreo hieratismo de las enormes caras alargadas de los *moais* una especie de matiz moral –como si de algún modo reprobasen la actitud meramente contemplativa, esteticista, de los visitantes foráneos–, dejando así listo el molde para la impresión, siempre extravagante, de letra teológica clásica o moderna.¹⁰⁴ El gobierno colonial de Santiago de Chile habría dado el visto bueno, a principios de 2006, para la construcción de un casino estilo Las Vegas con el que se preveían crear 150 puestos de trabajo en la Isla de las islas. El proyecto salió, según parece, de la oficina de un señor llamado Pedro Riaroko, empresario y terrateniente del lugar (que debe ser, salvando las distancias entre los blancos ex-votos de la diosa Tanit depositados en las cuevas de la Isla Blanca del Mediterráneo y los oscuros *moais* que siguen aún plantados en aquel Ombligo del Mundo... una especie de Abel Matutes de Rapa Nui). El señor Raroko es, a la sazón, propietario, entre otros negocios locales, de un hotel y una agencia de viajes. La idea del empresario, cuenta el periodista de *The New York Times*, encontró respaldo en el alcalde

de la isla, el señor Pedro Edmundo, que sueña con recaudar una parte de los beneficios generados por la prevista afluencia masiva de *excursionistas* de los mil y un deportes aleatorios de la moneda y destinarla a obras públicas (carreteras) y sanidad (quiere comprar una unidad de diálisis para el hospital local, donde, se deduce, deben haber previsto la afluencia de enfermos de rotura del forro del riñón). En cambio, para el señor Mario Tuki, un pescador y maestro de la zona que forma parte de un consejo de ancianos de la isla, el casino «significaría la destrucción instantánea de esta isla tal como la conocemos, con un medio de vida basado en un tipo de *turismo cultural* que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo.»¹⁰⁵ La facción, mayoritariamente juvenil, del movimiento de contestación popular que se opone al proyecto del casino, un grupo de neo primitivos conocidos como ‘los yorgos’, ha optado ya por retirarse a los montes de la isla para llevar allí una vida tradicional, rompiendo así lazos no sólo con las ordenanzas ladrillistas del gobierno central chileno sino también con el legado desarrollista de sus mayores (el adjetivo cultural siguiendo al sustantivo turismo delata la existencia de planes de desarrollo económico). «“Queremos vivir a nuestra manera en nuestra propia isla, no atados a lo que diga el mundo exterior”», afirma Kiri Icka Pakarati, que se autodenomina yorgo. «Las cosas han ido mal porque los que están al mando son los chilenos, no los rapa nui. ¿Sabe lo que es vivir en tu propia isla pero controlado por otros? Es como estar en una cárcel», concluye.¹⁰⁶

* * *

Como el buen verso en el arca se vende, los grandes lemas propagandísticos de la oferta industrial de paraísos distantes se organizan, a la manera de la retórica clásica, en gramáticas triádicas: familias, recién casados y aventureros; sol, playa y buena mesa; playa, montaña y festivales; escalada, buceo y balneario; sexo, droga y *rocanrol*; museos, monumentos y compras (*shopping*). Esta trinidad elemental, tan característica de la economía de servicios –transportes, hoteles, restaurantes– es el homenaje literario, virtuoso por tanto, que el triunvirato de una nueva humanidad vencedora –visitantes, turistas y demás gentes de paso, nómadas todos, emigrante ninguno– se brinda a sí mismo y a sus vicios. Definitivamente, la lógica ternaria –una y trina, y tan computacionalmente avanzada– parece haberles guiñado una vez más el ojo a los simpáticos locuelos que adoraban a los barcos y los aviones de carga. Tres portentosas invenciones económicas –la *estancia*, la *visita guiada* y la *excursión*– han terminado

vindicando las descerebradas religiones de los isleños equivocados más viejos de todos, esas gentes que creen poder alejar la muerte con la sonrisa. «El Jefe Isaacwon, actual líder de la rama ortodoxa de la secta Jon Frum de Tanna, hizo en 1995 un viaje a los EE.UU., patria de su peculiar redentor, donde visitó ciudades como Los Ángeles y Washington, DC. Cuestionado por un periodista de la *Smithsonian Magazine* al respecto de si había creído encontrar allí una especie de paraíso original, el tannés respondióle que había quedado impresionado por la riqueza de los Estados Unidos, pero que también le había sorprendido –y apenado– la pobreza que vio entre muchos blancos y negros americanos, así como “la abundancia de armas, la droga y la contaminación.” En fin, que se alegró mucho cuando estuvo de regreso en su Bahía del Azufre natal, porque, como decía, “Nunca se les ve sonrientes a los estadounidenses, y eso parece indicar que siempre están pensando que la muerte nunca está muy lejos.»¹⁰⁷ ¿Descerebradas, he dicho? Más bien al contrario. Es sabido que no hay tecnología de servicios turísticos tan avanzada y eficiente como la *buena* educación (en el sentido ordinario de la expresión, no en el académico para el que equivale a “instrucción” entendida como programación burocrática o pre-programación informática), cualquiera que sea, y la alegría de vivir, que sólo hay una y está más allá tanto de la lógica ternaria como de la buena educación misma. «Si “vivir es volver” (Azorín), la historia del turismo es la historia de la generosidad, porque deja que los hombres vuelvan a vivir.»¹⁰⁸ Es esta quinta *institución*, vieja como la tos, el mayor de cuantos portentos ha legado a la humanidad la inaudita inventiva tecno-religiosa que, a cambio, detonó el *big-bang* turístico de la riqueza de las naciones.

«El folleto turístico fue como un camino milagroso por el que corrieron, gozosas hacia su identidad, aquellas gentes que habían olvidado –o nunca supieron– que su pueblo era villa y que en el castillo se maduraron pactos, se urdieron históricas puñaladas traperas y se aliviaron de penas y fatigas reyes castellanos y borgoñones; que en el monasterio se guardaba, hasta hace no mucho –y puede que aún permanezcan en algún recoveco de los pasadizos subterráneos–, una uña de San Benito y un mechón de pelo de San Bruno; que la renta per cápita es, en el término municipal, superior en un 2,6 por 100 a la media de la provincia; que los romanos llamaron Mater Illa al pueblo –aunque esto no está demostrado y fue suposición livianamente fundamentada de fray Pedro de Matilla, evangelizador de californianos, confesor de doña Bárbara de Braganza e hijo preclaro de la villa–; que lucharon por ella caudillos moros y reyes cristianos; que hay en el

monte Cutrilla un peñasco redondo al que llaman “el huevo de Babieca”; que hubo en sus desaparecidos bosques osos y en sus entrañas oro y en su historia una batalla que causó harta preocupación a los Bonaparte.»¹⁰⁹

La implantación planetaria veloz, acelerada y luego exponencialmente vuelta a acelerar de los esquemas industriales para la explotación en masa de los así llamados “recursos turísticos” es nuestro penúltimo gran momento resonante, otro monumento redundante a nuestra condición cosmológica de extraviados/desmemoriados en el inmenso océano celeste.¹⁰¹ En el Barrio de la Viña de Cádiz y en la Bahía del Azufre de Tanna, junto al chiringuito de la caleta, vuelven a juntarse, ordinarios sublimes, los *drifters* de Michener, que hoy son ya ex aventureros super ejecutas, y sus hijos, los nietos mochileros de sus mejores amigos.¹⁰¹ Inmediatamente antes de la llegada de los primeros *hippies* a la isla pinosa de Ibiza, a principios de los años 1960, los campesinos del interior ibicenco vivían en lo que parece ser que era el colmo de la existencia gárrula y la belleza casual. Hoy, escasamente medio siglo después, *ses pagesos* poseen riquezas –¡y diversiones!– mil.¹¹² *¡Tots enmursianats!*, riza ahora el rizo del rezo popular el autodesprecio pitiuso. Sarcasmo implacable de los avasallados por el gordo de la lotería que tiran contra el propio tejado el demonio familiar de aquel insulto vecinal proto racista (*mursiano*: bruto, bestia... *animal*) otrora destinado a vituperar, en el zagalico ibérico más parecido y próximo¹¹³, la misma combinación de dureza fenicia, aridez huertana y residencia zoológica que antaño criaba nuestro terruñito insular.